

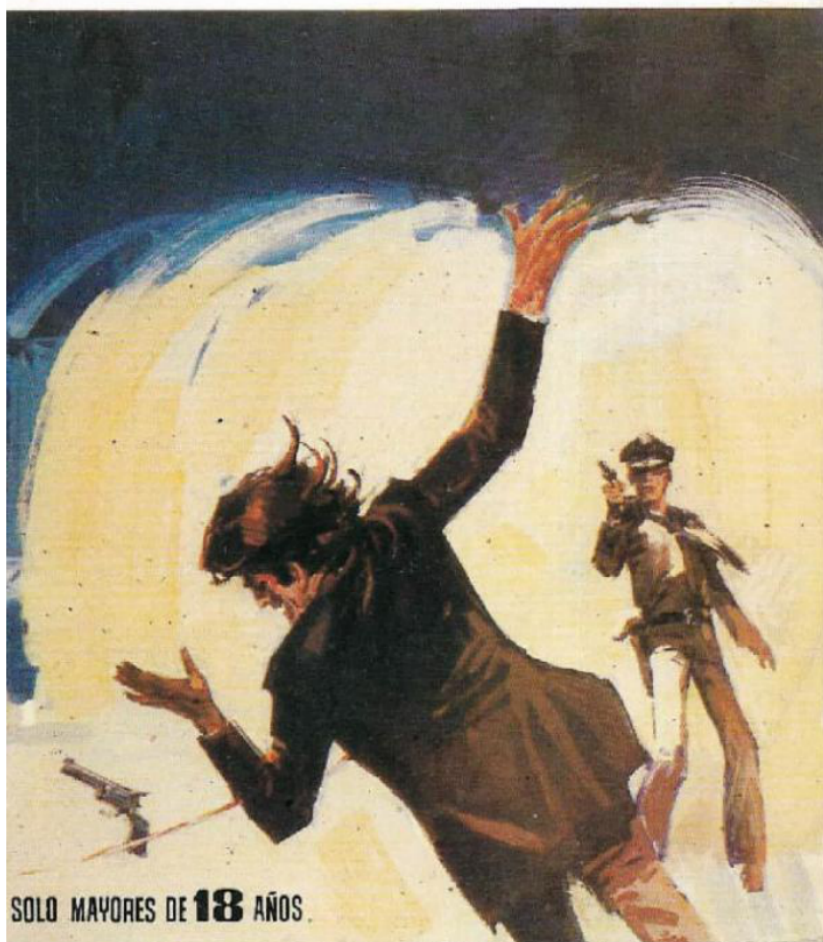
BOLSIBROS BRUGERA

PUNTO

ROJO

LA LEY DEL ASFALTO

Adam Surray



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS.

COLECCION

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.464 — Cita en Miami.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878 — El último de los Mac Clure.

En Colección KANSAS:

769 — Los vividores.

En Colección PUNTO ROJO:

839 — Morir en Italia.

En Colección COLORADO:

829 — Un caballo, un «Colt» y una mujer.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

285 — Erase una vez un pistolero.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

340 — El tahúr del Mississippi.

ADAM SURREY

LA LEY DEL ASFALTO

Colección PUNTO ROJO n.º 863
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Deposito legal: B. 29.935 - 1978

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1978

© Adam Surray - 1978

texto

© Deslú - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Móra la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152. Km 21,650) Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Eddie Cardiff se levantó del sofá-cama.

El pie izquierdo hizo caer la botella de *whisky* depositada en el suelo. El líquido se derramó sobre la alfombra.

Cardiff maldijo entre dientes.

La alfombra poco importaba. Lo triste era haber perdido aquellos últimos tragos.

Desvió la mirada hacia el techo.

El ruido no había despertado a Shirley.

Seguía durmiendo plácidamente. Con aquel rítmico subir y bajar de sus senos. Los brazos arriba. Las piernas, de largos y esbeltos muslos, levemente entreabiertas. Su negra piel húmeda, acusando el calor reinante en la estancia. La sábana, casi fuera del sofá-cama, tan sólo cubría los tobillos.

Eddie Cardiff la contempló sonriente.

Admirando la perfección del cuerpo femenino.

Los ojos de la muchacha se entreabrieron como si hubiera acusado la penetrante mirada de Cardiff. A sus gordezuelos labios asomó una sonrisa, mientras movía perezosamente los brazos.

—¿Qué hora es, Eddie?

—Poco más de las once.

—Somos madrugadores, ¿eh?

Los dos rieron alegremente.

Eddie Cardiff pasó al contiguo cuarto de baño, sometándose a una estimulante ducha y posterior afeitado.

Al retornar a la habitación, descubrió a la joven mulata aún en el lecho.

Nuevamente dormida.

Cardiff procedió a vestirse.

Ultimaba el vestuario cuando sonó el llamador de entrada al apartamento.

—¿Quién puede ser? —inquirió Shirley, despertando.

—Él bastardo de Logan. Prometí pagarle hoy los atrasos del alquiler. Maldito sea...

Shirley chasqueó la lengua.

—El señor Logan no puede ser. Está ausente de Dallas. Me lo comentó ayer uno de los vecinos. Llegará mañana.

Volvió a sonar el timbre de llamada.

—Entonces algún otro acreedor.

—¿Por qué no un cliente, Eddie?

—¿Un cliente? —Cardiff rió con sarcasmo—. ¿Eso qué es?

—Ve a abrir, Eddie.

Cardiff obedeció con nulo entusiasmo.

Abandonó la estancia pasando a un pequeño corredor. Una puerta semividriera aislaba el *living*.

Eddie Cardiff la cerró tras sí.

Por tercera vez sonó el llamador.

Abrió la puerta de entrada.

Su visitante era una mujer. De unos treinta años de edad. Muy bella. Elegantemente vestida.

—Ya me disponía a marchar... ¿Es usted Eddie Cardiff?

—Ahá.

La mujer le contempló con cierta desconfianza.

—¿El investigador privado?

—Eso es —asintió Cardiff—. Investigador privado. Pase, por favor.

En el *living*, la puerta que conducía al corredor quedaba a la izquierda. Otra se situaba frente a la puerta de entrada al apartamento. Correspondía a un reducido despacho.

Eddie Cardiff se hizo a un lado para permitir el paso de la mujer.

El mobiliario del despacho se limitaba a una mesa escritorio, tres butacas, un archivador y el perchero.

—¿Puede mostrarme su credencial, Cardiff?

—¿Cómo?... Ah, sí... por supuesto...

Eddie Cardiff introdujo la diestra en el bolsillo interior de la chaqueta. Abrió un portadocumentos que tendió hacia la mujer.

Sí.

Allí figuraba.

Una licencia de investigador privado para el estado de Texas. A nombre de Eddie Cardiff. La fotografía, aunque no muy reciente, tampoco ofrecía dudas.

La mujer tomó asiento.

Esbozó una sonrisa.

—Disculpe mi desconfianza, Cardiff. Le imaginaba de más edad. Un detective con experiencia.

Eddie Cardiff aún no había alcanzado los treinta años de edad. Rostro de correctas facciones. Alto. Delgado. No atlético, aunque en cada uno de sus movimientos delataba una gran agilidad y reflejos.

Correspondió a la sonrisa de la mujer, mientras se dejaba caer en el sillón giratorio situado tras la mesa escritorio.

—Yo tengo experiencia, ¿señorita?

—Señora Whitaker. Katherine Whitaker. Ciertamente creo que la tiene para... determinados casos.

—¿Cuál es su problema? —inquirió, fingiendo ignorar las recalçadas palabras de la mujer.

—Mi marido. No quiere concederme el divorcio. Unas pruebas de su infidelidad me serían de gran ayuda para conseguirlo.

Cardiff se reclinó en el sillón.

Entornó los ojos.

Contempló con cierta insolencia a la mujer.

Parecía una gran dama. Con su elegante vestido de alta costura. Pendientes de brillantes a juego con la sortija.

Una dama en el despacho del detective Cardiff.

Sorprendente.

Y sospechoso.

—Los casos de infidelidad conyugal son mi fuerte, señora Whitaker. No dude que solucionaré su problema. Mi tarifa es de cincuenta dólares diarios más gastos. Es norma un anticipo de cien dólares.

—Existe un pequeño inconveniente, Cardiff.

—¿Sí?

—No tengo el menor indicio de la infidelidad de mi marido. Todo lo contrario.

—¿Qué quiere decir?

—Mi marido me es fiel. Como un perro.

—Entiendo.

—¿Y bien?

—En estos casos... especiales la tarifa es otra. Mil dólares por el trabajo. Quinientos al contado y los restantes a la entrega de las fotografías. Garantizadas. Fotografías de calidad a todo color.

Katherine Whitaker abrió su bolso.

Rebuscó en el interior hasta reunir mil dólares que depositó sobre la mesa.

—Se lo entrego todo ahora, Cardiff. No quiero volver a verle. Deposite las fotografías y demás pruebas que consiga en el apartado 1739 de la estafeta de Collins Hills.

—Apartado 1739 de Collins Hills... *Okay*.

—No pronuncie mi nombre en ningún momento, Cardiff.

—La discreción es mi única virtud. ¿Dónde puedo localizar al señor Whitaker?

—Mi marido cena todas las noches en el Roxy Club —la mujer extrajo una fotografía del bolso—. Éste es. Alex Whitaker.

Cardiff atrapó la fotografía.

Instintivamente arrugó la nariz.

Un primer plano de Alex Whitaker. De unos cincuenta y cinco años de edad. Semicalvo. Rostro adiposo. Con grandes bolsas de carne bajo los ojos de sapo. Cejas pealadas. Nariz ancha. Boca grande...

—Creo que se ha equivocado, señora Whitaker. Ésta es la fotografía de su padre, ¿no?

La mujer enrojeció.

Le arrebató airadamente la fotografía, guardándola de nuevo en el bolso.

—¿Le reconocerá?

—Seguro. El rostro de su marido es de los que difícilmente se olvidan.

—Sobran sus ironías, Cardiff. —Katherine se incorporó—. Y no juzgue a Alex Whitaker por la fotografía. Cometería un grave error.

Eddie Cardiff se adelantó para abrir la puerta del despacho.

Salieron al *living*.

—Puede que mañana mismo tenga las pruebas en el apartado de Collins Hills, Soy un tipo rápido.

—No le va a resultar tan sencillo, Cardiff. Buenos días.

La mujer abandonó el apartamento.

Eddie Cardiff quedó algo perplejo.

Sin alcanzar el significado de las últimas palabras de la mujer.

Reaccionó precipitándose en el despacho para recoger los mil dólares y avanzar raudo por el pasillo.

—¡Shirley!... ¡Shirley!...

Llegó al dormitorio.

—¡Estoy aquí, Eddie!

La voz procedía del cuarto de baño.

Shirley estaba frente al espejo. Con un sujetador blanco y minúsculo *slip* de igual color. Dos prendas que contrastaban seductoramente con su piel de ébano.

—¡Mil dólares, Shirley!... ¡Mil dólares! —exclamó Cardiff, arrojando los billetes al aire para así poder enlazar la cintura femenina.

Shirley parpadeó ante aquella lluvia.

—Pero... ¿de dónde...?

—Un mirlo blanco —rió Cardiff, atenazando a la muchacha por la cintura—. Algo en verdad fabuloso. Dupliqué la tarifa para los consabidos regateos, pero ni tan siquiera se inmutó. Pagó todo al contado. ¡Mil dólares!

—¿De qué se trata?

—Un caso de divorcio. Una mujer que quiere librarse de su marido. No me sorprende. El casi le dobla en edad y su rostro resulta muy poco atractivo.

—¿Si ha pagado mil dólares significa...?

—Correcto, Shirley. Tenemos que provocar la infidelidad del fulano. Hoy mismo te compras un elegante vestido y...

—Puedo ponerme el rojo.

—No es suficiente, pequeña. Nos vamos a codear con la alta y podrida sociedad.

Rieron al unísono.

En alegre carcajada mientras recogían los billetes del suelo.

Eddie Cardiff iba a maldecir aquellos mil dólares por el resto de su vida.

CAPÍTULO II

En el centro de Dallas.

A poca distancia del Griggs Park.

El Roxy Club era uno de los mejores locales de la ciudad. Servicio de restaurante, atracciones y sala de juego. Todo en una misma planta.

—Otra noche igual. Y es la tercera. —Cardiff arrojó furioso el cigarrillo a medio consumir—. Ese maldito individuo ya me ha hecho gastar doscientos dólares.

Shirley hizo bailar unas fichas en la mano.

—Aún nos quedan cincuenta dólares en fichas.

—No estoy de humor, Shirley. La señora Whitaker estaba en lo cierto. No resulta sencillo. Conoce bien al bastardo de su marido.

Shirley bebió a pequeños sorbos el *gin-tonic*. Pasó la lengua por los gordezuelos labios.

—Ciertamente es un tipo extraño. Llega en un «Pontiac» negro con dos individuos más. Uno queda en el auto, mientras que el otro acompaña a Alex Whitaker. Cena en el restaurante junto con otros hombres en prolongada conversación. Luego pasa a la sala de juego, apuesta al siete una ficha de cien dólares, pierde y se larga. Así todas las noches.

—Lo más triste es que el individuo del «Pontiac» no se separa de él. Se reúnen con el otro fulano... ¡y a casita que es tarde!

—Ayer se fijó en mí más de lo normal, Eddie. Juraría que estuvo tentado de hablarme. Me acerqué mucho a él al apostar.

Cardiff vació su vaso de *whisky*.

—Si hoy no se decide cambiaremos de escenario. Cuando abandona Roxy Club, va directamente al 2033 de la Bary Avenue. Ese *bungalow* es el domicilio de los Whitaker. Lo he comprobado. Allí se reúne con su linda mujercita para terminar la velada. Mañana, de madrugada, me presentaré en la Bary Avenue y

esperaré a que salga. Conoceremos sus actividades durante el día. Puede que resulte más accesible.

—Ahí llega...

Alex Whitaker apareció en la sala de juego, luciendo un traje oscuro de excelente corte. En la corbata, un pasador con tres brillantes. Con paso firme acudió a la caja de cambios.

Puede que la fotografía mostrada a Cardiff no le favoreciera. En aquel primer plano destacaban en demasía sus poco atractivas facciones.

Un individuo apareció tras Whitaker.

Su compañero inseparable.

Un hombre que, pese a su buena vestimenta, carecía de los refinados modales de Alex Whitaker. De rostro taciturno. Atlético complexión.

Shirley descendió del taburete.

—Me adelantaré a la ruleta, Eddie. De seguro volverá a apostar al siete.

Cardiff quedó en el mostrador.

Contemplando a Shirley alejarse sorteando las mesas de dados, faro, bacarrá, hasta llegar a la de ruleta.

Despertando admiración.

Sí.

Era joven y endiabladamente hermosa.

Con aquel provocativo vestido de audaz escote y falda asimétrica que dejaba ver la pierna hasta muy arriba.

El escultural cuerpo de la mulata recibió lujuriosas miradas a su paso.

Los jugadores se agrupaban en torno a la mesa de ruleta. El *croupier* cantó el número y color ganador.

Shirley aprovechó la retirada de algunos de los jugadores para aproximarse a la tabla.

Frente a los primeros números.

A los pocos minutos llegó Alex Whitaker.

Situándose al lado de Shirley.

Ambos extendieron la mano al unísono para depositar sus fichas en el número siete.

Intercambiaron una mirada.

—Espero que hoy tengamos más suerte, señorita.

Shirley sonrió.

La recordaba de las dos noches anteriores.

Era un buen síntoma.

La ruleta comenzó a girar.

Los jugadores se apiñaron expectantes.

Alex Whitaker, consciente o involuntariamente, fue empujado hacia la mulata.

Shirley no hizo ademán de distanciarse. Todo lo contrario. Se pegó aún más contra Whitaker.

La ficha depositada por Alex Whitaker era de cien dólares.

No mostró el menor interés por ella.

Su atención parecía ahora centrada en Shirley. Sus saltones ojos de sapo fijos en el provocativo escote del vestido. Contemplando lascivamente el inicio de los erguidos senos femeninos.

—Hemos vuelto a perder —suspiró Shirley.

—¿Cómo dice...? Ah, sí... Tal vez mañana tengamos mejor suerte. —Whitaker retrocedió, dejando paso a otros jugadores—. No hay que desanimarse.

—Mañana ya no estaré en Dallas —susurró Shirley con cálida voz—. Estoy aquí de paso. Regreso a California. Resido en San Francisco.

—Le deseo un feliz viaje, señorita. Buenas noches.

Shirley no pudo ocultar un mohín de disgusto, viendo al individuo alejarse hacia la salida. Allí le esperaba el hombre de rostro taciturno.

La mulata llegó al mostrador.

—Empiezo a sospechar que el tal Whitaker es el presidente del club Gay, de Dallas. No he conseguido...

—Silencio, Shirley —interrumpió Cardiff—. No te vuelvas. Parece que... sí... Está despidiendo a su acompañante. Se queda solo. No debe vernos juntos.

La muchacha se sentó dos taburetes más allá de Cardiff.

Del bolso monedero extrajo una cajetilla de «Fact». Se llevó el mentolado a los labios en espera de acontecimientos.

Alex Whitaker no acudió al mostrador.

Cruzó la sala de juego, encaminándose hacia la puerta señalizada con la advertencia de «privado». Uno de los empleados del local, que custodiaba la entrada, le permitió el paso con una

profunda reverencia.

Cardiff y Shirley intercambiaron una mirada.

La muchacha se disponía a acudir a su lado, pero un leve gesto de Eddie Cardiff le hizo seguir distanciada.

Fue a los cinco minutos.

Cuando ya empezaban a impacientarse.

Uno de los uniformados empleados del local se aproximó a Shirley:

—Tiene una llamada telefónica en la cabina tres, señorita.

—¿Para mí? —La mulata arqueó las cejas.

—Sí, señorita. Cabina tres.

Shirley descendió graciosamente del taburete.

Eddie Cardiff la siguió con la mirada.

Las cabinas telefónicas se alineaban al fondo de la sala de juego.

Se introdujo en la señalizada con el número tres.

Su conversación fue breve.

Shirley ya no retornó al mostrador, sino que avanzó directamente hacia la salida.

Eddie Cardiff fue tras ella.

No cruzaron palabra alguna hasta abandonar Roxy Club. Ya en la calzada de Lee Street.

—¡Lo hemos conseguido, Eddie! —exclamó Shirley riendo en alegre carcajada—. La llamada era de Whitaker. Caballerosamente me ha invitado a unas copas de champña francés.

—¿Cuándo?

—Dentro de quince minutos. Debo esperarle en la esquina de Joliet Street con la Grange Avenue. Tres calles más abajo de aquí.

—Sí, eso lo sé. ¿Le has sonsacado el lugar?

Shirley volvió a reír.

—Salió de él el decírmelo. El Sinton Motel.

—¿El Sinton Motel? Maldita sea... Eso está en las afueras de Dallas. Más allá de Cockrell Hill. No tendré tiempo de recoger a Walter y llegar allí antes que vosotros.

—Puedo convencerle para ir al Lewis Hotel. Es nuestro campo de operaciones y resultará más sencillo el...

—No. El tal Whitaker, por lo que hemos comprobado, se mueve con pies de plomo. La forma de citarte lo demuestra aún más. Sin duda el Sinton Motel es de su confianza y no aceptará ningún otro.

—Bien... Entonces procuraré demorar el trayecto al máximo.

—Si no ves mi auto en el *parking* del Sinton Motel, no aceptes entrar con ese individuo. Le dices que lo has pensado mejor. No quiero que...

Shirley le interrumpió con un beso.

—Estás perdiendo mucho tiempo, Eddie.

—Sí, tienes razón. ¡Voy en busca de Walter!

Eddie Cardiff cruzó la calzada introduciéndose en un Oldsmobile «Toronado» color hueso estacionado a poca distancia.

Shirley agitó la diestra en señal de despedida.

Esperó a que el auto se alejara de Lee Street.

Comenzó a caminar.

Con lentitud.

Dada la proximidad de Joliet Street no quería ser demasiado puntual. Llegó a la tercera bocacalle.

Grange Avenue.

Su cruce con Joliet Street era unas manzanas más abajo.

Alcanzó la esquina indicada para la cita.

Y Alex Whitaker ya estaba allí.

Le descubrió al volante de un lujoso «Cadillac». Asomando su mofletudo rostro por la ventanilla.

—Hola, nena...

Abrió la portezuela.

Shirley se acomodó en el interior del vehículo.

Sonrió.

—Le agradezco su invitación. Llevo dos días en Dallas. Muy aburridos. No conozco a nadie y...

Shirley se interrumpió al ser bruscamente abrazada por el individuo.

La atenazó como un pulpo.

Alex Whitaker ya no era el individuo de refinados modales. Se abalanzó sobre Shirley abarcando cintura y hombros.

Aplastó su boca contra la de Shirley.

—Por favor...

—¿Qué te ocurre, muñeca? —jadeó Whitaker, intentando ahora besar el cuello femenino, Su zurda se introdujo por la abertura del vestido subiendo audaz hasta mitad del muslo—. Tienes una piel muy suave... nunca he acariciado a una muchacha de color... Tú

eres como una diosa...

Shirley le rechazó.

—Aquí no... pueden vernos...

—Tienes razón. ¿Cuál es tu nombre?

—Shirley.

—Bien, Shirley. Puedes llamarme Alex. Un último beso y nos vamos, ¿de acuerdo?

La mulata volvió a rechazarle, aunque riendo en cantarina carcajada.

—Eres muy impulsivo, Alex. Es preferible que...

Whitaker, empujado con firmeza, optó por hacerse cargo del volante e iniciar la marcha.

—Nos vamos a divertir, nena.

Shirley no hizo ningún comentario.

Su rostro reflejaba inquietud.

Al empujar por segunda vez a Whitaker, había descubierto un significativo bulto en su axila izquierda.

Sí.

Estaba segura.

Alex Whitaker iba armado con un revólver.

CAPÍTULO III

Walter Garner. Treinta y dos años de edad. Abundante pelo rojizo. Rostro alargado. Sus manos sostenían una cámara fotográfica profesional.

—Llevamos ya diez minutos de espera, Eddie.

Cardiff, reclinado en el asiento del «Toronado», exhaló una bocanada de humo. Volvió a chupar el cigarrillo.

—Tranquilo, Walter. Shirley quiso darnos tiempo para llegar hasta aquí. Todo fue muy precipitado. El fulano se decidió a última hora.

—Había quedado con una nueva modelo.

—¿Otra?

—Los clientes quieren variedad. Eddie. También a mí me gusta fotografiar chicas nuevas. Todas son diferentes. Todas tienen un encanto especial que yo descubro con mi cámara.

—Ya.

—Lo mío es arte, Eddie —dijo Walter Garner, molesto por la sonrisa irónica de su compañero—. Mis desnudos fotográficos jamás serán acusados de pornográficos. Lo que tú haces en complicidad con Shirley sí es denigrante.

—¿Tú no te cuentas?

—Está bien. ¡Esto que hacemos es vergonzoso! Juré no volver a colaborar contigo.

—Te convencieron los cien dólares, ¿verdad?

Garner bajó la cabeza.

—Sí. Últimamente no me van muy bien las cosas.

—Cuéntame tus penas, Walter.

—Resulta que... ¡Maldita sea! ¡Al diablo contigo! Eres un...

—Ahí llegan, muchacho —interrumpió Cardiff—. Debe ser ese «Cadillac»... Sí... son ellos.

El auto donde se encontraban Cardiff y Garner se hallaba en el

parking del Sinton Motel. Junto con siete u ocho vehículos más.

Cada cabaña del motel disponía de estacionamiento a la puerta.

El «Cadillac» no se detuvo frente a la oficina de recepción. Maniobró enfilando hacia las cabañas que se agrupaban formando semicírculo.

—No se ha detenido en recepción...

—Cierto, Walter. Eso significa que nuestro hombre ya tiene la llave de la cabaña. Debe ser cliente habitual.

El «Cadillac» estacionó frente a una de las últimas cabañas.

—La tercera empezando por el final —comentó Cardiff—. La número... veintidós. Eso es. La veintidós. Ya entran...

—¿Recuerdas cuando nos equivocamos de habitación en el Paradise Hotel? Empecé a fotografiar a un matrimonio que celebraba sus bodas de oro.

—¿Tienes la cámara preparada?

—Por supuesto.

—¿Seguro? También yo recuerdo lo de Judith Scott. La sorprendimos in fraganti con el repartidor de la leche. Las sospechas del marido eran ciertas, pero necesitaba pruebas. Yo sé las iba a proporcionar. ¿Qué ocurrió?

Garner hizo una mueca.

—Olvidé cargar la máquina.

—Correcto. Procura que todo esté en orden. Nos ha costado mucho que el individuo se decidiera. —Cardiff consultó su reloj de pulsera—. Ya han transcurrido tres minutos...

—Un día saldrá mal, Eddie.

—¿Qué quieres decir?

—Pues... eso de entrar a los diez minutos exactos.

—Así lo tengo acordado con Shirley. Matemáticamente. Diez, minutos. Ni uno más ni uno menos. El tiempo suficiente para que Shirley y el fulano de turno se encuentren en paños menores. No pedimos más. No necesitamos fotografías porno, sino simplemente comprometedoras. El fulano grita y amenaza, llega el recepcionista, los ocupantes de las habitaciones contiguas... El escándalo. Más pruebas que añadir a las fotografías. Testigos de que el fulano se encontraba con una muchacha. La infidelidad está demostrada y de ahí a la concesión del divorcio hay un solo paso. El cliente queda satisfecho y yo cobro lo fijado.

Garner chasqueó la lengua.

—Tú eres un mal bicho, Eddie. Lo que te pueda pasar lo tienes bien merecido, pero con Shirley es diferente.

—A ella nada le puede ocurrir. Lo tenemos todo controlado. Siempre llego en el momento oportuno.

—Diez minutos.

—Eso es. Unas copas, un cigarrillo... Crear ambiente. Shirley se despoja del vestido y acude al lecho. Solicita del individuo que le ayude a quitar el sujetador... y entonces aparecemos nosotros. Tú disparas el *flash* una y otra vez. Shirley se abraza al fulano que, perplejo, sostiene el sujetador en la mano.

—Puede que algún día el individuo de turno no quiera esperar esos diez minutos.

—También eso lo tenemos estudiado —sonrió Cardiff—. Shirley siempre deja la puerta sin el cerrojo o la llave. Si le resulta imposible contener al individuo, se abandona el caso. Le rechaza y se larga. Yo siempre estoy cerca. Si se pone violento le...

—¡Eh, Eddie!... Mira... se marchan...

Cardiff entornó los ojos.

Contemplando cómo Alex Whitaker se introducía en el «Cadillac».

—Shirley queda dentro de la cabaña. ¿Qué diablos habrá ocurrido?

—Puede que fuera un individuo difícil de dominar y ante las negativas de Shirley decidiera por largarse.

Cardiff consultó la esfera del reloj.

—Llevaban juntos seis minutos. Tan sólo seis minutos. No, no es ése el problema. Shirley lo hubiera solucionado dándole largas o encerrándose en el baño hasta que llegáramos nosotros a los diez minutos.

—El fulano se marcha, Eddie... ¡Se ha largado!

En efecto.

El «Cadillac» maniobró hacia la salida del recinto.

A toda velocidad.

De la oficina de recepción salió un individuo que avanzó lentamente hacia el *parking*.

Llegó hasta el «Toronado».

—No pueden seguir aquí por más tiempo. O toman plaza o se

marchan.

Cardiff asomó la cabeza por la ventanilla.

—Ya se lo hemos dicho antes, amigo. Estamos esperando a un par de chicas. Las hemos citado aquí, aunque no nos aseguraron que acudirían. Tal vez no se han decidido.

—Entonces lárguense.

Eddie Cardiff desvió la mirada hacia la cabaña donde aún permanecía la joven mulata.

No podía dejarla allí.

Puede incluso que Alex Whitaker hubiera marchado tan sólo momentáneamente.

—Tomaremos una cabaña —decidió Cardiff—. Una de dos camas. Mi compañero y yo pasaremos aquí la noche.

El conserje arrugó la nariz.

—Una cabaña de dos plazas no puede ser ocupada por cuatro personas. Si vienen sus chicas...

—Oh, no... Ya no aparecerán por aquí. Ya es demasiado tarde.

—Síganme. Tienen que firmar en el libro de registro.

El individuo giró caminando hacia las oficinas del motel.

—¡Maldita sea, Eddie! ¡Yo no quiero quedarme aquí!

Le he dicho a la modelo que me esperara en casa y...

—Nos marcharemos, Waller; pero no podíamos hacerlo sin Shirley. Debo averiguar lo ocurrido.

—¡No se queden atrás! —advirtió el recepcionista.

—¿Te das cuenta? —susurró Cardiff—. Con este individuo controlándonos, hubiera resultado muy difícil aproximarnos a Shirley. Es preferible tomar una de las cabañas evitando levantar sospechas. Recuerda que sigue pendiente el caso Whitaker.

Penetraron en la sala de recepción.

El conserje se situó tras el mostrador abriendo el libro de registro.

—Son veinte dólares. Firmen aquí.

Eddie Cardiff añadió dos dólares más.

—Me gustaría una de las cabañas del final. Están más cerca de los árboles.

El individuo volvió a arrugar instintivamente la nariz.

Tendió una llave.

En la rectangular placa metálica figuraba el número veinte.

Los dos amigos abandonaron recepción.

La oscuridad de la noche era compensada por la buena iluminación existente en las oficinas del motel. Cada una de las cabañas disponía también de una luz en el exterior, aunque no todas aparecían iluminadas. La zona más en penumbra era la correspondiente al *parking* cubierto.

—Ese individuo sigue observándonos, Eddie.

Cardiffladeó la cabeza.

El recepcionista les contemplaba desde el ventanal.

—Lógico, Waller. Quiere comprobar si seguimos el camino correcto.

Se detuvieron frente a la cabaña señalizada con el número veinte.

La de Shirley era la número veintidós.

Eddie Cardiff abrió la puerta accionando el interruptor de la luz.

Reducida antesala, espacioso dormitorio con dos camas, televisor y baño privado.

—Espera aquí, Walter. Voy en busca de Shirley.

Cardiff entreabrió la puerta de la cabaña.

Se percató de que la luz exterior había sido apagada. Sin duda sólo se mantenían iluminadas las correspondientes a las cabañas sin ocupar.

Aquello beneficiaba a Cardiff, aunque también comprobó que el recepcionista ya no estaba en el ventanal de administración.

Eddie Cardiff llegó hasta la cabaña número veintidós.

Hizo girar el pomo de entrada.

Sonrió al ver que la puerta cedía mansamente.

Shirley le estaba esperando.

No había luz en la pequeña antesala.

Cardiff, deduciendo que todas las cabañas eran similares, avanzó seguro hacia la puerta que conducía al dormitorio.

Empujó la hoja de madera.

La habitación sí estaba iluminada.

Eddie Cardiff quedó bajo el umbral.

Incapaz de dar un paso más.

Con una súbita palidez en el rostro.

Con la mirada fija en Shirley.

La muchacha yacía en el lecho con los brazos en cruz. El rostro

desencajado. Los ojos desmesuradamente abiertos. La lengua asomando entre los labios.

Sólo tenía puesta una de las medias de nylon.

La correspondiente a la pierna izquierda.

La otra había sido salvajemente anudada al cuello de Shirley.

CAPÍTULO IV

Ralph Jackson, sargento adscrito al Departamento de Homicidios de la Metropolitan Police de Dallas, ofreció su cajetilla de «Winston».

Cardiff aceptó el cigarrillo.

Mecánicamente.

Se abrió la puerta del despacho para dar paso a un individuo en mangas de camisa. De la funda sobaquera asomaba la culata de un revólver del treinta y ocho.

—Lo que tú suponías, Ralph. Nos quitan el caso. Apenas sonar el nombre de Alex Whitaker fue reclamado por los de Sección Especial.

—Desde aquí me pareció oír los gritos del teniente Darnell.

—El jefe ha autorizado que Arthur se haga cargo del asunto.

El sargento Jackson se encogió de hombros.

—Que le aproveche.

—En pie, Cardiff. Sígueme.

Eddie Cardiff obedeció con cansinos movimientos.

Salió tras el policía.

El Departamento de Homicidios ocupaba una extensa planta del edificio.

Recorrieron una espaciosa nave ocupada por infinidad de mesas separadas entre sí. Hombres y mujeres trabajaban afanosamente en las máquinas de escribir, en las computadoras, en los teletipos, en los archivos...

Un elevador les condujo a la planta superior.

Otro policía se hizo cargo de Cardiff.

Un individuo de rostro cuadrado. Con el pelo muy corto. Ojos hundidos. Nariz aguileña. Labios muy finos, casi inexistentes.

Eddie Cardiff fue introducido en una pequeña habitación.

Una mesa y dos sillas por todo mobiliario. Una lámpara sobre la

tabla.

Una habitación clásica para el «tercer grado».

—Toma asiento, Cardiff —dijo Rostro Cuadrado—. El teniente Darnell no tardará en llegar.

—Oiga, yo no...

El policía proyectó súbitamente su puño derecho.

Con violencia.

Al estómago de Cardiff.

—Silencio, basura. Límitate a hablar cuando se te formule alguna pregunta. ¿Has comprendido?

Eddie Cardiff se dobló boqueando falto de respiración.

Así le sorprendió la llegada de otro individuo.

Un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad. Pelo gris en los aladares. La despejada frente hacía destacar sus pobladas cejas. Ojos de penetrante y dura mirada.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el recién llegado, depositando unos papeles sobre la mesa—. ¿Se encuentra mal?

—Creo que padece de úlcera, teniente —dijo el policía.

—Puedes retirarte, Roland. Avísame cuando lleguen con Whitaker.

El policía abandonó la estancia.

—Soy el teniente Arthur Darnell. A mi mando está la Sección Especial. Mi departamento se ha hecho cargo del asesinato de Shirley Donald. Ése es el nombre de la víctima, ¿no es cierto?

—Sí. Ya he sido interrogado y he firmado mi declaración.

—Oh, por supuesto... Debe ser ésta —el teniente tomó los papeles de la mesa—. ¿Es su declaración, Cardiff?

Eddie Cardiff movió afirmativamente la cabeza.

Parpadeó al ver cómo Arthur Darnell rompía los papeles y los arrojaba al suelo.

—No me sirve tu declaración a Homicidios, Cardiff. Quiero oírla de nuevo. De tus labios. Ya puedes empezar, por el principio.

Eddie Cardiff volvió a narrar punto por punto lo declarado en el despacho del sargento Jackson.

Ahora no fue interrumpido.

Ninguna pregunta surgió del teniente Darnell.

—¿Eso es todo, Cardiff?

—Sí.

—Seis minutos... Tiempo suficiente para estrangular a una mujer. ¿Estás seguro de que sólo fueron seis minutos el tiempo que Alex Whitaker permaneció con la muchacha?

—Sí. Mi compañero Walter...

El teniente le cortó secamente.

—Ya he hablado con tu compañero Garner. Coincide con tu declaración. Unos agentes tomaron también la de Jerry Simmons, el recepcionista del Sinton Motel. El asegura que la cabaña veintidós no la alquiló a nadie. Tampoco vio entrar al «Cadillac» conducido por Whitaker.

—Fueron directamente a esa cabaña. Alex Whitaker tenía la llave o tal vez estaba abierta.

—¿Conocías a Whitaker? ¿Le habías visto anteriormente?

—La primera vez que oí hablar de él fue cuando la señora Whitaker me encomendó el trabajo.

El teniente Darnell sonrió.

—Katherine Whitaker negará eso. No admitirá jamás que acudió a un corrompido detective para que le facilitara el camino del divorcio. ¿Y tú, Cardiff? ¿Serías capaz de declarar ante un jurado que Alex Whitaker entró en la cabaña junto con Shirley Donald y que, minutos más tarde, aparecía estrangulada la joven?

—Ésa es la verdad.

—No has respondido a mi pregunta, Cardiff.

—Ya lo he declarado. Esos papeles que rompió...

—Hablo de un jurado, Cardiff. Declarar en un juicio contra Alex Whitaker. ¿Estarías dispuesto a ello?

—Sí, claro... ¿Por qué no iba a hacerlo?

Arthur Darnell retrocedió hasta apoyarse en la mesa.

Volvió a sonreír.

En enigmática mueca.

—Te admiro, muchacho. Muy pocos se atreverían a enfrentarse abiertamente con el clan Venantini.

Eddie Cardiff arqueó las cejas.

—Katherine Venantini. El nombre de soltera de Katherine Whitaker. ¿Comprendes ahora?

El detective palideció.

—¿Ella es...?

—Exacto. La hija de Fabrizio Venantini, el «padrino» de Dallas.

El hombre que controla todo el Sindicato del Crimen en Texas. Alex Whitaker también está en la organización. Es el lugarteniente del todopoderoso Venantini. Acabas de enfrentarte a la Mafia, muchacho.

Eddie Cardiff y Walter Garner fueron conducidos hasta el despacho del teniente.

Alex Whitaker ya estaba allí.

En compañía del teniente Darnell y otro individuo.

—¿Y bien, caballeros? —interrogó Arthur Darnell con marcada ironía—. ¿Le reconocen?

Eddie Cardiff no dudó.

Extendió el brazo.

Con un brillo de odio en los ojos.

—¡Ése es! —exclamó señalando a Whitaker—. ¡Ése es el hombre que entró con Shirley en la cabaña del motel!

—¿Qué dices tú, Garner?

Walter Garner tragó saliva.

—Pues yo... No puedo asegurarlo, teniente. Estaba en el auto... en el *parking*. No le había visto anteriormente... no puedo...

—¡Es él! ¡Yo sí puedo jurarlo! —gritó nuevamente Cardiff—. ¡Es él!

—¡Maldita sea, teniente! ¿Qué significa todo esto? —dijo Alex Whitaker con el rostro crispado—. Jamás he...

—No hables, Alex —aconsejó el hombre que permanecía junto a Whitaker—. No digas una sola palabra.

El teniente dio una orden por el interfono situado sobre la mesa escritorio. A los pocos segundos el sargento Roland Goldsmith se hizo cargo de Cardiff y Garner, que abandonaron el despacho.

Arthur Darnell se acomodó en el sillón giratorio.

—¿Quieren tomar asiento, por favor?

—¡No! ¡Suelte lo que tenga que decir!

—De acuerdo, Whitaker. Voy a acusarle de asesinato. De la muerte de Shirley Donald.

Los saltones ojos de Whitaker parpadearon repetidamente.

—¿De quién?

—¿No conoce a Shirley Donald? Era una muchacha muy bonita. Una mulata de extraordinaria belleza.

Whitaker palideció.

Movió los labios, aunque incapaz de articular sonido alguno.

—¿Qué pruebas tiene para esa acusación, teniente? Soy Alfred Kellet, el abogado del señor Whitaker y antes de proseguir...

—Sé quién eres, Kellet. Un perfecto hijo de perra —masculló el teniente Darnell—. Un bastardo que juega con la ley, pero hoy ha terminado el juego. Al menos para Alex Whitaker. Una muchacha ha sido asesinada. Y las huellas de Whitaker aparecen en el escenario del crimen.

—¡Yo no la maté!

—¡No hables, Alex! Espera a...

—¡Nada tengo que ocultar, maldita sea! Ciertamente estuve con una chica en el Sinton Motel. Ella me llevó allí. Apenas entrar en la cabaña, a los pocos minutos, decidí marchar.

—¿Por qué, Whitaker? ¿Es usted racista?

—No contestes a eso, Alex.

—¡Al diablo! —Whitaker empujó al abogado—. ¡No soy racista, teniente! Simplemente recapacité y decidí no involucrarme con una cualquiera. Dominé la tentación. Le solté cien dólares y me largué de allí.

—¿Cien dólares? Es curioso... En los bolsos de Shirley Donald sólo encontramos tres dólares y veinte centavos.

—Los deposité sobre la mesa de noche.

—Tres dólares y veinte centavos es todo el capital que se encontró en la cabaña, Whitaker. ¿Dónde conoció a la chica?

—En el Roxy Club.

—Y ella le convenció para ir al Sinton Hotel.

—Sí.

—Creo que fue todo lo contrario, Whitaker. Hay testigos. Desconoce la parte más interesante de la historia Su encuentro con Shirley no fue casual. Trabajaba para un detective privado. Tenían proyectado realizar unas fotografías muy comprometedoras para usted. Dos hombres le vieron entrar en la cabaña veintidós del Sinton Motel. En compañía de Shirley Donald. Uno de los hombres, el detective Eddie Cardiff, le ha identificado sin lugar a dudas. También le vio salir. Ciertamente a lo: pocos minutos. ¿Cuánto tiempo se requiere para estrangular a una mujer, Whitaker?

—¡No puede acusar al señor Whitaker! —protestó el abogado

Kellet—. Esas posibles huellas nada...

—¿Tres minutos, Whitaker? —gritó el teniente Darnell incorporándose y apoyando las manos sobre la mesa—. ¿Tal vez cinco?... ¿Seis?... ¡Seis fueron los minutos que permaneció con Shirley Donald! Eddie Cardiff controló el tiempo. Cuando fue a la cabaña encontró a la muchacha muerta. ¡Estrangulada! Y de eso voy a acusarle formalmente, Whitaker. ¡De la muerte de Shirley Donald!

—Piénselo dos veces, teniente —advirtió Alfred Kellet—. Puede que todo termine en una demanda contra usted.

Arthur Darnell sonrió despectivo.

—Oh, no... Lo haremos todo conforme a la ley. Ahora, leídos sus derechos y en presencia del ilustre abogado Alfred Kellet, pasaremos a tomar declaración al no menos honorable Alex Whitaker. ¡Y yo cursaré oficialmente la acusación! Adelante, Kellet. No se quede quieto. Va a necesitar de todos sus trucos legales para sacar de aquí a Whitaker.

CAPÍTULO V

El 1416 de Kline Ruad era una auténtica fortaleza, con una extensión cinco veces mayor a la de los restantes *bungalows* de la zona.

Una alta muralla, mitad cemento mitad hierro, rodeaba la propiedad. Varios letreros advertían que el hierro de la muralla estaba electrificado y de la existencia de perros guardianes.

La entejada puerta de la muralla se abría automáticamente después de que una cámara de televisión en circuito cerrado identificara al visitante.

Un asfaltado camino conducía hasta el porche del *bungalow*.

Jardín, piscina, pista de tenis, invernadero, *parking*...

Aquella era la mansión de Fabrizio Venantini.

El fundador de la Venantini Company. La empresa de alimentación más importante de Texas. Con sucursales en Austin, El Paso y Amarillo; así como delegaciones en la mayoría de las ciudades tejanas.

Pero la Venantini Company era algo más.

Fabrizio Venantini era el rey del vicio organizado. Prostitución, drogas y juego ilegal. Sus distribuidores de drogas abarcaban todo el territorio tejanos. Todas las operaciones de estupefacientes a gran escala eran controladas por Venantini. También la Venantini Company contaba con una veintena de laboratorios clandestinos, extendidos por todo Texas.

Fabrizio Venantini.

Un *greasebull*[1].

Un hombre que llevaba años burlando a la ley... y que jamás había sido detenido. Ni tan siquiera una multa por estacionamiento indebido.

Recientemente había cumplido los sesenta años de edad. De cabello ya totalmente blanquecino. Facciones angulosas delatando

una poderosa firmeza de carácter De constitución delgada. Con un vigor y agilidad impropia de su edad.

Fabrizio Venantini, en traje de baño, disfrutaba de las caricias del sol.

Y de las caricias de Jessica.

Una muchacha de diecisiete años de edad. Rostro de perfecto óvalo. Con unos ojos almendrados prometedores de mil placeres. Su cuerpo grácil y esbelto protegido por las dos piezas de un minúsculo bikini.

Muy poca tela.

El sujetador apenas cubría la rosada aureola de los erectos senos.

Las manos de Jessica, finas y de largos dedos, recurrían hábilmente una y otra vez la espalda de Venantini Extendiendo la crema bronceadora y proporcionando un confortable masaje.

Un «Ford» negro hizo su entrada en el recinto bordeando el circular seto de la explanada.

Fabrizio Venantini alzó la cabeza apoyando los codos sobre la tumbona.

Entornó los ojos acentuando las arrugas de su rostro.

—Vete a casa, Jessica.

La joven obedeció sumisa.

Del «Ford» descendió Alfred Kellet acudiendo hacia el jardín que adornaba la sinuosa piscina.

Venantini ya le esperaba en pie.

Anudando a la cintura un albornoz.

—¿Dónde está Alex? Te dije que quería verle antes de que fuera a casa.

Kellet tragó saliva con dificultad.

—Alex no ha ido a casa, Fabrizio. Sigue detenido.

—¿Que sigue...? ¡Maldita sea! ¡Está allí desde ayer! Toda la noche y parte del día de hoy.

—La acusación es de...

—¡Aunque hubiera liquidado al presidente de los Estados Unidos! —interrumpió Venantini con el rostro congestionado—. ¡Sácale de allí, Alfred!

—¿Quieres dejarme hablar? —suplicó el abogado.

Venantini retrocedió hasta la mesa-jardín.

Con parsimoniosos movimientos se sirvió un martini con ginebra

y hielo.

—Adelante, Alfred.

—Ayer te llamé apenas tener conocimiento de la detención de Alex. Fui con él. Estuve presente cuando le tomaron declaración. Confesó haber acudido con una mulata al Sinton Motel. De nada hubiera servido negarlo, allí quedaron sus huellas. Dos testigos, uno de ellos muy seguro, afirmaron...

—Todo eso ya me lo has dicho esta mañana, Alfred, cuando ibas a recurrir al *habeas corpus*. Ya estoy al corriente de la estupidez de Alex, de lo del detective... y de la supuesta intervención de mi hija Katherine. Jeffries ha ido a buscarla.

—Dudo que Katherine contratara al detective.

—¿Lo dudas?

—Quiero decir... ya sé que Katherine es incapaz de...

—Sigue con el asunto que nos preocupa, Alfred. ¿Por qué continúa Alex detenido?

—Cuando ese maldito detective mencionó a Alex Whitaker, todo el departamento de policía saltó de júbilo. De Homicidios pasó a la Sección Especial.

—Al bueno de Darnell.

—Sí, Fabrizio. Es el teniente Darnell quien lleva todos los hilos. Y los ha movido con rapidez, consiguiendo del fiscal del distrito que aceptara la acusación contra Alex. Sin fianza. Tampoco el *habeas corpus* daría resultado. Lo he tanteado. El juez aprobaría la detención.

No hay pruebas contundentes contra Alex. Sólo sus huellas en el Sinton Hotel y la declaración del detective Cardiff viéndole entrar con la joven mulata.

—¿Por qué la mató?

Alfred Kellet agrandó los ojos.

—¡Alex no la mató!

—¿No? ¿Entonces quién? Aunque eso es algo sin importancia para nosotros. Alex tiene que salir de allí cuanto antes. Busca la solución.

—No será fácil. Llevan mucho tiempo tras de ti, Fabrizio. Lo sabes. Les hemos burlado una y otra vez. Jamás nos hemos pillado los dedos. Si alguien caía, era un vulgar peón de la organización que desconocía los enlaces y demás datos de importancia. Ahora es

distinto Tienen a Alex y no van a desaprovechar esa oportunidad llovida del cielo.

—Esa acusación contra Alex en nada involucra a la organización. ¿Qué adelantarían condenando a Alex por diez o quince años? Nosotros seguiríamos con nuestras actividades.

—Pueden llegar a un acuerdo con Alex. Es tu lugarteniente... Sabe dónde están los laboratorios clandestinos, el funcionamiento de la red de estupefacientes, nuestro saneado negocio de trata de blancas a alto nivel, los beneficios del juego ilegal, los asesinatos y secuestros llevados a cabo por la organización, los nombres, fechas, datos...

Venantini sacudió la cabeza con energía.

—Alex es incapaz de traicionarnos.

—Yo no estaría tan seguro, Fabrizio. Le he visto esta mañana. Después de notificarle que no había fianza y que el *habeas corpus* no prosperaría. Temblaba como un flan. Alex ya no es un muchacho. Acostumbrado a la buena vida no soportaría un par de años de prisión. Y él lo sabe. Un pacto especial con el fiscal general y sería absuelto.

—Esa libertad a Alex le duraría un segundo. También lo sabe. Quien nos traiciona paga con la vida. ¡Aunque sea el marido de mi hija!

—El deseo de destruir nuestra organización es muy fuerte, Fabrizio. Pueden convencer a Alex. Prometerle la libertad, y conducirlo sano y salvo a México o un país sudamericano.

—¡Ni en el mismísimo infierno estaría seguro! Alex no...

Fabrizio Venantini se interrumpió, al ver llegar el «Corvette».

El deportivo auto se adentró, después de pasar el control de entrada. Estacionó tras el «Ford».

Katherine descendió del vehículo.

Acompañada de un individuo joven y de atractivo rostro.

La mujer se aproximó con radiante sonrisa.

—Buenos días, padre.

—Te supongo al corriente de todo —dijo Venantini, sin corresponder a la sonrisa ni al saludo.

—Por supuesto. Ayer noche vi cómo se llevaban a Alex Hoy llegó un agente de la Sección Especial a casa para interrogarme. Todo es muy interesante.

Katherine se dejó caer en una de las sillas del jardín.

Cruzó las piernas, mostrando fugazmente los esbeltos muslos.

—¿No te lo parece, padre? Alex Whitaker, mi fiel y amado esposo, involucrado en la muerte de una furcia de motel.

—Esto es un asunto a solucionar entre nosotros, hija. Entre familia. ¿Contrataste tú a un detective para que demostrara la infidelidad de Alex?

—Ésa fue la pregunta que me formuló el policía. El sargento Goldsmith. Un tipo muy simpático.

—¿Y cuál fue tu respuesta?

Katherine se incorporó.

Furiosa.

La sonrisa desapareció bruscamente de sus labios.

—¡Negativa! ¿Podía ser otra? ¿Imaginas a la hija de Fabrizio Venantini acudiendo a un vulgar detective para que siguiera los pasos de Alex?

—El detective Cardiff asegura todo lo contrario —dijo Kellet.

—¡Miente! Sin duda estaba en complicidad con la muchacha asesinada para someter a Alex a chantaje.

El abogado volvió a intervenir:

—El tal Eddie Cardiff es un detective fracasado. Un vividor. Encontraron en sus bolsillos alrededor de los setecientos dólares. Afirmó que tú le pagaste mil, por unas fotografías comprometedoras para Alex.

—Me tiene sin cuidado lo que diga ese bastardo.

—Son muy sospechosos esos setecientos dólares en un individuo como Cardiff.

—¿Qué quieres insinuar, Alfred?

—Tranquila, Katherine. Sólo deseo saber la verdad para mejor ayudar a Alex.

—¡Ya he dicho la verdad!

—Mi hija no miente, Alfred —dijo Fabrizio—. Por sus venas corre la sangre de los Venantini. Yo determiné su matrimonio con Alex Whitaker, y ni una sola queja brotó de Katherine. Quise recompensar así a Alex. Mi mejor amigo y fiel colaborador. El matrimonio es sagrado para mí. En Sicilia no se perdona una infidelidad conyugal. En mi familia, tampoco. Poco importa que estemos en los EE. UU. Mi hija y Alex siempre se mantuvieron

unidos y sin engaños.

—Hasta ayer —rectificó Katherine, retornando la sonrisa a sus labios—. ¿Qué hacía Alex con esa muchacha en el motel?

Venantini movió la cabeza.

Afirmativamente.

—Alex te dará todo tipo de explicaciones, hija. De no resultarte satisfactorias, decidirás tú misma el futuro a vuestro matrimonio: aunque sabes que no soy partidario del divorcio.

—Tampoco yo, pero no me gusta ser humillada. Decidiré, después de escuchar a Alex.

Katherine giró, encaminándose con paso altivo hacia el *bungalow*.

El abogado consultó la esfera de su reloj.

—Debo irme, Fabrizio. He citado al senador Mac Douglas para comentarle nuestro problema.

—Bien hecho —aprobó Venantini—. También nosotros tenemos que mover todos los hilos. Habla con el juez Myers, con Baxley... con todos los altos cargos sobornados por la organización. Con todo aquel que pueda ayudarnos. Alex tiene que salir cuanto antes.

—Rogers sigue allí. También Montgomery. Están tramitando otro recurso legal para la puesta en libertad de Alex bajo fianza. Puede que dé resultado. Te mantendré informado, Fabrizio.

Alfred Kellet caminó hacia el «Ford».

La mirada de Venantini siguió la marcha del vehículo.

Chascó la lengua.

—Kellet. Rogers, Montgomery... Gasto una fortuna en los mejores abogados y de nada me sirve.

—Sus métodos eran más adecuados, señor Venantini.

Fabrizio Venantini arqueó las pobladas cejas.

Ahora fijó su mirada en Joseph Jeffries.

En su atractivo rostro. Con su chaqueta y pantalón de excelente corte. Las manos, extremadamente cuidadas. Con aquella sonrisa de niño bueno...

Muy engañosa.

Joseph Jeffries era más peligroso que una serpiente de cascabel.

Un eficaz «ejecutor».

Un profesional del crimen.

—¿Mis métodos, Joseph?

Jeffries acentuó la sonrisa.

—De cuando llegó a los Estados Unidos. Sus primeros años en Chicago, en Nueva York, en San Francisco...

—Buenos tiempos aquéllos. En verdad, los problemas se solucionaban mayormente a golpes de «Browning»... una ráfaga de metralla y asunto terminado.

—Yo soy partidario de la acción rápida... —Jeffries abrió la chaqueta para mostrar la «Luger» de la funda sobaquera—. Se evitan muchas complicaciones.

Venantini contempló más detenidamente a su interlocutor.

—¿Cuánto tiempo llevas con nosotros, Joseph?

—Cinco años, señor Venantini. Llegué a Dallas acompañando a Ninetto Rossi. El día de sarna Rosalía. Después de la fiesta... [2]

—Sí, lo recuerdo —interrumpió Venantini, vaciando su vaso—. Solicite de mi buen amigo Ninetto un hombre de confianza. Ninetto regresó a Nueva York y tú te quedaste a mis órdenes. No me arrepiento de ello, Joseph. Sé que eres el brazo derecho de Alex. Por cierto... ¿qué opinas de todo esto?

—¿La detención de Alex?... Un grave error. Una vulgar aventura amorosa que puede traer consecuencias. Si la acusación de asesinato sigue adelante, la policía presionará a Alex. Al máximo. Ya no importa la muerte de esa muchacha, sino el destruir el imperio Venantini.

Fabrizio Venantini se acomodó en uno de los sillones del jardín.

Extendió la mano derecha para atrapar uno de los cigarros habanos, etiquetados con su nombre.

Jeffries acudió, servil, a ofrecer la llama de su encendedor.

—Sí. Joseph... Comparto tu opinión. Alex me ha decepcionado. Se desembarazó de los dos guardaespaldas en el Roxy Club. Les ordenó marchar para así poder largarse con esa mujerzuela. Su aventura no llegaría a mis oídos y, por lo tanto, a los de Katherine.

—Todo saldrá bien, señor Venantini. Los abogados trabajan en ello.

—Ya no volverá a ser como antes. Aprecio a Alex pero dudo que mi hija le perdone. Es muy orgullosa. Solicitará el divorcio. Y yo no tendré razones para oponerme. Aceptaré su decisión, Eso hundirá a Alex. Tantos años juntos... Codo con codo...

—No precipite los acontecimientos, señor Venantini.

—Te equivocas muchacho. —Fabrizio Venantini succionó repetidamente... el cigarro—. Soy realista. Jamás corro riesgos. No me gusta dejar nada al azar. Si he alcanzado el lugar que ahora ocupo es por mi exceso de prudencia. Fabrizio Venantini, el enemigo público número uno en Texas por espacio de largos años, nunca se ha sentado en el banquillo de un tribunal. Ésa es mi virtud, Joseph. Adelantarme a los acontecimientos. Prevenir antes que curar.

—Aún no estamos en peligro.

Venantini movió la cabeza de un lado a otro.

—Conozco bien a Alex. Un buen elemento, siempre que esté respaldado. Solo y acosado, se convierte en una rata.

Los dos hombres se miraron fijamente.

A los labios de Joseph Jeffries asomó una fría sonrisa.

—Cuente conmigo para todo, señor Venantini.

El viejo Venantini también sonrió.

CAPÍTULO VI

Continuaban allí.

En una de las aisladas salas de la Sección Especial.

No figuraban como detenidos. Ninguna acusación se les había formulado.

Walter Garner paseaba nerviosamente.

Se detuvo frente a Cardiff. Éste permanecía tumbado en el camastro. Con la mirada fija en el lecho. Sin pestañear.

—¡Maldita sea, Eddie! ¡Habla! ¡Dime algo!... ¡Llevamos aquí casi veinticuatro horas... y no has pronunciado ni una sola palabra!

Cardiff siguió inmóvil.

Como si no hubiera oído la súplica de su amigo.

Walter Garner le zarandeó, obligándole a incorporarse y quedar sentado en el camastro.

—¿Qué te ocurre, Eddie? No puedes culparte de la muerte de Shirley... Nadie imaginaba la tragedia... Nadie podía saber...

Cardiff parpadeó.

Contempló a Garner como si se percatara, por primera vez, de su presencia.

—Estaba recordando... Fue hace un año cuando conocí a Shirley en la prefectura del distrito veinte. En el corazón de Barrio Gans. En la zona más miserable de Dallas. El propietario de un supermercado había presentado una denuncia contra Shirley. La acusaba de robar un bote de leche en polvo. Pagué su fianza y quedó en libertad.

Eddie Cardiff encendió un cigarrillo.

Prosiguió con lenta voz:

—Soluciono mi asunto en el distrito veinte. Al salir, me esperaba Shirley. Me dijo que el fulano se había largado con el bote de leche y que necesitaba otro. Creí que se trataba de un truco para sacarme un par de dólares, y sugerí comprar yo el bote. No se negó. Lo necesitaba realmente. Subí con ella a su apartamento. Dios... Tú me

conoces, Walter. Sabes los golpes que he recibido. Mi infancia transcurrió en St. Louis House. Pues bien, Walter. El St, Louis House era un paraíso comparado con el apartamento de Shirley. Paredes frías, húmedas, sin ventanas, sin un rayo de luz... Allí habitaba Shirley con sus dos hermanos. Sammy, de doce años, y Dick, de dos. Desde la muerte de sus viejos, Shirley cuidaba de ellos. Sammy ya trabajaba en recados y reparto de periódicos. Shirley llevaba dos semanas sin empleo. Habían gastado hasta el último centavo. Decidió entrar y robar en el supermercado el bote de leche. Me reí de ella. Recuerdo mis palabras. Una muchacha como ella podía nadar en dólares. Su respuesta me sorprendió. Dijo que la dignidad era lo único que le quedaba. Lo único heredado de sus padres. Lo único que le daba fuerzas para combatir toda aquella miseria. Volví a reírme de ella y abandoné aquella casa.

—Oye, Eddie...

—Fue a las tres semanas —siguió Cardiff, ahora con voz ronca. Haciendo caso omiso a la interrupción de Garner—. Pasaba casualmente por Barrio Gans. Del domicilio de Shirley estaban sacando un ataúd. Una caja pequeña. En madera de pésima calidad. Sin adorno alguno. Contenía el cadáver del pequeño Dick. Y dos días antes se había enterrado a Sammy. Yo lo ignoraba. La noticia no fue comentada por la prensa. Era una noticia insignificante. No merecía tinta. A ningún periódico le interesó la muerte de Sammy Donald. Un muchacho negro, de doce años, que fue sorprendido robando en una farmacia. El propietario disparó, alcanzándole de lleno en la cabeza. El cuerpo de Sammy no fue encontrado junto a la caja registradora. El infeliz buscaba unas medicinas para Dick.

Cardiff hizo una nueva pausa.

Quedó con la mirada fija en el cigarrillo.

Walter Garner permaneció en silencio. Conocía sobradamente la historia de Shirley, pero permitió que Cardiff continuara hablando.

—Ninguna medicina hubiera salvado a Dick de su leucemia, pero unos cuantos dólares le habrían hecho más feliz su corto paso por este asqueroso mundo. Dick se fue al Más Allá, conociendo únicamente el hambre y la miseria. Sólo yo acompañé a Shirley hasta el cementerio. La muerte de Dick no impresionó en Barrio Gans. Es lógico. La Muerte habita allí. —Cardiff succionó el cigarrillo. Exhaló una bocanada de humo para acto seguido añadir

—: Fue en el mismo cementerio donde Shirley me ofreció su cuerpo por cincuenta dólares. Con una sonrisa en los labios y lágrimas en los ojos. Ya no tenía que luchar por nadie. Ya nada le importaba. Ya no necesitaba la absurda dignidad para un mundo podrido. La llevé conmigo. Ya no volvería a Barrio Gans. Pobre Shirley... Ignoraba que se unía a otro fracasado.

—Fue feliz contigo, Eddie —comentó Garner—. Ella me lo dijo en más de una ocasión. Yo mismo he compartido vuestra alegría. Los tres hemos disfrutado, engañando y burlando a los que se creían más listos. ¿Recuerdas el caso Salkiwe? ¡Ah, diablos! Fue algo grande. Le sacamos...

Se abrió la puerta de la sala.

Apareció el sargento Roland Goldsmith.

—¡Fuera de aquí, basura! El teniente os espera.

Abandonaron la estancia.

Comprobaron un desordenado ir y venir de policías. No sólo entre elementos de la Sección Especial. Todo el departamento parecía vivir una atmósfera de tensión y desconcierto.

Cardiff y Garner fueron conducidos hasta el despacho.

El teniente Darnell se encontraba tras la mesa escritorio. Su rostro acusaba un marcado cansancio. Veinticuatro horas de trabajo sin tregua. No era la primera vez. Estaba acostumbrado.

Aquella fatiga de su rostro era motivada por otra causa.

—Aquí tienes tu cámara fotográfica y lo demás, Garner. Puedes irte. También tú, Cardiff. Comprueba tus pertenencias y lárgate.

Walter Garner se precipitó hacia la mesa para retirar los objetos de su propiedad.

—¿Qué ocurre, teniente? —preguntó Cardiff—. Sigo dispuesto a declarar contra Alex Whitaker. Creí que el estar retenido significaba un control y una protección contra los hombres de Venantini.

Arthur Darnell le dirigió una despectiva mirada.

—Posiblemente tu cadáver aparezca dentro de unos días en el interior de un bidón de basura o flotando en las alcantarillas. Será obra de los hombres de Venantini, pero yo no podré probarlo. Nadie llorará tu muerte, Cardiff.

Las facciones de Cardiff se endurecieron.

—Comprendo. Alex Whitaker está en libertad. No ha podido retenerle aquí más de veinticuatro horas. Sus abogados le han

sacado.

El teniente denegó con un movimiento de cabeza.

—Todo lo contrario. Alex Whitaker se ha quedado aquí para siempre. Está muerto.

Walter Garner había abandonado precipitadamente el despacho.

—¿A qué esperas, Cardiff? —apremió el teniente Darnell—. También tú puedes irte. Recoge tus cosas y vete. No encontrarás tu licencia. Te ha sido retirada. Dudo que vuelvas a ejercer en el estado de Texas.

Cardiff se encogió de hombros.

Con fría sonrisa.

—Me tiene sin cuidado, teniente. Ahora me interesa lo de Whitaker. ¿Cómo ocurrió?

—Tienes curiosidad, ¿eh...? Posiblemente contigo no sean tan delicados, Cardiff. Alex Whitaker apareció muerto en su celda individual. Sin ninguna señal de violencia exterior. Sin duda, envenenado. Hace aproximadamente una hora el policía de vigilancia escuchó un ruido en la celda. Llegó a tiempo de ver cómo Whitaker se desplomaba de bruces, con el rostro congestionado... ¿Quién fue? Whitaker ha conversado durante todo el día con sus abogados, con el juez Myers, con el senador Mac Douglas... Todos interesados por tan ilustre personaje. La última visita fue la de su bella esposa. Luego continuaron los abogados. ¿Quién le envenenó? Esa pregunta ya no es sencilla, Cardiff, Incluso el culpable puede ser el restaurante que nos suministra la comida. Últimamente dejaba mucho que desear... Tal vez se les fue la mano en el picante.

—¿Qué hay de Shirley?

—¿Shirley? Puedes verla en el depósito de cadáveres. Hace menos de una hora fue conducida allí. Ya se le ha practicado la autopsia. Muerte por estrangulamiento.

—Quiero que...

—No, Cardiff. No más preguntas. Lárgate... No abandones la ciudad sin despedirte.

Eddie Cardiff recogió sus cosas.

Introdujo el revólver en el costado izquierdo. Bajo el cinturón.

El teniente Darnell empujó un sobre.

—No olvides esto, muchacho. El resto de los mil dólares. Los has ganado con creces.

Cardiff tomó el sobre entre sus manos.
Contempló los billetes.
Sintió deseos de llorar, de maldecir...
Mil dólares por la vida de Shirley. No.
Era un precio muy bajo.
Tenían que pagar más.
Y en la misma moneda.
Ojo por ojo.
Muerto por muerto.

CAPÍTULO VII

Eddie Cardiff presentó la autorización para poder retirar su auto.

El «Toronado» había sido trasladado desde el Sinton Motel a una de las zonas especiales de aparcamiento de la Metropolitan Police de Dallas.

Cardiff se acomodó frente al volante.

Al abandonar el aparcamiento subterráneo descubrió a Walter Garner al borde de la calzada. Fumando cigarrillo tras cigarrillo.

Eddie Cardiff frenó.

—Adentro, Walter.

Garner dio un respingo.

—No te había visto, muchacho. ¡Infiernos, Eddie! Ya empezaba a dudar de tu salida.

—Mantuve una cordial conversación con el teniente. —Cardiff pisó a fondo el pedal del gas—. ¿Te llevo a casa, Walter?

—Sí, maldita sea. Estoy derrumbado. No olvidaré jamás estas veinticuatro horas vividas en la Sección Especial. Afortunadamente todo ha terminado.

—¿De veras? Eres un iluso. Las complicaciones empiezan ahora para nosotros.

—¿Qué quieres decir?

El auto enfiló hacia la Columbia Avenue. Atrás quedó el Buckner Park y Peak Street. El tráfico, dado lo avanzado de la noche, era poco intenso.

—Nos hemos enfrentado a Fabrizio Venantini, Walter.

A la Mafia, al Sindicato o como quieras llamarle. Nosotros denunciarnos a Whitaker.

—Alex Whitaker está ahora muerto. De seguro, liquidado por miembros de su propia organización.

—Correcto. Mayor castigo para nosotros.

La frente de Garner comenzó a cubrirse de diminutas gotas de

sudor. Lanzó una atemorizada mirada al cristal trasero.

—Aquel coche... parece que nos sigue... Tal vez son policías para protegernos.

Cardiff esbozó una amarga sonrisa.

—¿Protegernos? ¿A nosotros...? Somos basura, Walter. Un detective en lo más bajo del escalafón y un fotógrafo especializado en «porno». Ya no somos de interés para la Sección Especial. De continuar Alex Whitaker con vida sí que nos hubieran proporcionado todo tipo de protección y seguridad. Con la esperanza de que declarásemos en el juicio contra él. Alex Whitaker ha muerto y ya no significamos nada.

—Yo no pensaba declarar... No había visto con anterioridad a Whitaker, y no podía jurar que fuera el hombre del Sinton Motel.

—*Okay*. Trata de convencer a los hombres de Venantini.

Garner empezó a reír.

Nerviosamente.

—Quieres meterme miedo, ¿eh?

—No, Walter. Te aconsejo unas vacaciones. ¿Por qué no te ausentas unas semanas de Dallas?

—¡Maldita sea! No puedo, Eddie. ¿Adónde diablos ir, sin un centavo?

Eddie Cardiff aprovechó un «*Stop*» para rebuscaren los bolsillos. Tendió doscientos dólares a su compañero.

Garner quedó con la mirada fija en los billetes.

—Este dinero.

—Cierra la boca, Walter —dijo Cardiff entre dientes—. ¡Cierra la boca!

—Sí, Eddie.

El «Toronado» ya circulaba por Barrio Mars.

Se detuvo frente al 2082 de Nolan Street. Un edificio viejo y de gris fachada adornada con profundas grietas.

—No puedoirme de Dallas, Eddie. El teniente Darnell me dijo que no abandonara la ciudad.

—¿Siempre haces lo que dice la policía?

—Oye, Eddie... ¿por qué no te trasladas aquí? No te encontrarías tan sólo como en tu despacho. Allí te atormentarían los recuerdos de Shirley. Un cambio de domicilio te ayudaría a olvidar.

—Yo no quiero olvidar. Adiós, Walter.

Garner iba a decir algo más, pero al observar la dura expresión de Eddie Cardiff optó por salir del vehículo.

El «Toronado» rugió sobre el asfalto, alejándose veloz de Nolan Street.

Sin abandonar el Barrio Mars, a poca distancia del Zeus Theatre se emplazaba Sorel Road.

En el cuarto piso del 1927 de Sorel Road tenía Eddie Cardiff su despacho-vivienda.

Un apartamento de reducidas dimensiones. El *living que* comunicaba con el despacho. Una puerta de separación conducía al corredor, al dormitorio y la cocina.

Cardiff acudió a la habitación.

Cansinamente se dejó caer sobre el lecho.

Su mano derecha tropezó con una fina tela. Una de las prendas interiores de Shirley.

La apretó entre sus dedos.

Con furia.

Con desesperación.

Eddie Cardiff. El detective corrompido y sin escrúpulos. El hombre-basura... rompió a llorar.

Dos horas.

Dos horas permaneció Eddie Cardiff sobre el lecho. Con los ojos abiertos. Con la mirada fija en un indefinido punto.

Respiró con fuerza.

Las lágrimas en un corazón endurecido habían vencido al dolor.

Ahora quedaba el odio.

Y su mente empezaba también a funcionar fríamente. A razonar. A formularse preguntas de difícil respuesta.

¿Por qué Whitaker cometió el asesinato?

¿Por qué mató a Shirley?

Un viejo verde conduce a una bella joven a un motel. A los seis minutos abandona la habitación dejando tras sí un cadáver. Y también sus huellas.

No.

Aquello no encajaba.

Alex Whitaker no tenía aspecto de psicópata asesino. Su comportamiento fue el del individuo que no rechaza una conquista

fácil, ni desprecia a una joven hermosa.

¿Por qué iba a matar a Shirley?

Aunque...

Sí.

Pudo ser otro el asesino... Alguien que entró en la cabaña después de la marcha de Alex Whitaker.

Transcurrieron unos quince minutos desde que Cardiff y Garner fueron requeridos por el recepcionista hasta el momento de descubrir el cuerpo sin vida de Shirley.

Quince minutos.

Tiempo suficiente para cometer un asesinato.

Otro individuo...

Era una buena hipótesis.

Otra pregunta inquietaba a Cardiff.

Si Alex Whitaker tenía la intención de pasar una aventura amorosa con Shirley, ¿por qué abandonó la cabaña a los pocos minutos?

Mintió al declarar un súbito remordimiento. Al igual que mintió afirmando que fue Shirley quien le condujo al motel. Whitaker acudió directamente a la cabaña.

También mintió el recepcionista al declarar...

Eddie Cardiff se incorporó del lecho.

Pasó al cuarto de baño, refrescando el rostro y la nuca. Peinó superficialmente los cabellos.

Su aspecto era lamentable.

Su rostro requería urgente afeitado, pero Cardiff no quería perder el tiempo en ello.

Quitó el espejo del baño.

Ayudado por la navaja de afeitar manipuló en uno de los ladrillos hasta descubrir un doble fondo. De allí extrajo el envoltorio.

Lo extendió sobre el lavabo, descubriendo una «Magnum» y seis cargadores. El arma en funda sobaquera.

Cardiff se la ajustó, guardando en los bolsillos dos cargadores.

Volvió a colocar el espejo.

Tras recoger la chaqueta avanzó con decidido paso hacia el *living*. Cuando se disponía a abandonar el apartamento, sonó el timbre del teléfono.

Eddie Cardiff arqueó las cejas.

Sorprendido por tan intempestiva llamada.

Abrió la puerta del despacho para atrapar el micro situado sobre la mesa escritorio.

—Cardiff al habla.

—Felicidades, Eddie. Un magnífico trabajo.

La diestra de Cardiff aferró instintivamente el auricular.

Reconoció aquella voz femenina.

—Yo no lo considero así, Katherine.

Escuchó una cantarina risa.

—Eres muy modesto, Eddie. Te contraté para conseguir el divorcio, y tú me conviertes en viuda. Me has ahorrado los trámites burocráticos.

—Quiero hablar contigo, Katherine.

—Por supuesto, Eddie. Yo también. Comprendo que estés algo enojado. Te oculté que era la hija de Fabrizio Venantini y el bueno de Whitaker uno de sus principales colaboradores. De saberlo no hubieras aceptado, y yo necesitaba esas fotografías para desembarazarme de Alex.

—¿Por qué lo has negado a la policía?

La mujer volvió a reír.

—Tú no conoces a mi padre, Eddie. Me hubiera arrancado la piel, de saber que tenía un plan contra Alex, con el propósito de conseguir el divorcio. Yo sólo quería eso Eddie. Divorciarme de Alex. No esperaba...

—Tampoco yo contaba con la muerte de Shirley —dijo Cardiff, con fría voz—. Y apuesto a que Alex Whitaker tampoco esperaba ser ejecutado por vosotros.

—¿Nosotros? Mi padre está furioso por la muerte de Alex. Ha movilizado a todos sus hombres para... —Katherine hizo una pausa. Su voz se tornó apremiante—. No puedo seguir hablando, Eddie. Quiero recompensarle. Cinco mil dólares. Cinco mil dólares por olvidar mi visita a tu despacho. Te espero mañana en mi domicilio. A las once. Estaré sola y quitaré los sistemas de seguridad del *bungalow*. No faltes, Eddie. A las once de la mañana.

—¡Katherine!... Una sola pregunta... ¿Qué le ocurrió a Whitaker? ¿Por qué lo hizo? ¿Por Qué mató a Shirley?

—No seas absurdo, Alex no mató a tu chica —respondió

Katherine, rotunda—. Mañana hablaremos de ello. Ahora no puedo seguir. Adiós.

Se cortó la comunicación.

Eddie Cardiff quedó unos instantes con el auricular en la mano. Lentamente lo depositó en la base.

Pensativo.

Algo no encajaba en todo aquello.

Y una de las piezas del rompecabezas era Jerry Simmons, el recepcionista del Sinton Motel.

Cardiff acarició la «Magnum».

Un arma muy especial.

Sin número de serie, fabricación o cualquier otro dato que pueda conducir a su identificación.

Los labios de Cardiff dibujaron una sonrisa.

Sí.

Empezaría por Jerry Simmons.

CAPÍTULO VIII

Eddie Cardiff estacionó frente a la administración del Sinton Motel.

El luminoso de neón de la fachada sin funcionar, pese a que aún faltaban un par de horas para el amanecer.

El detective descendió del auto.

Se detuvo unos segundos junto a los escalones del porche. No vio a nadie a través de la cristalera del ventanal de recepción.

Eddie Cardiff retrocedió, encaminándose hacia las cabañas.

Con paso lento.

Como un autómatas.

El silencio de la noche era casi total. Sólo turbado por el canto de un grillo. El Sinton Motel, en zona montañosa, era un magnífico lugar.

Sí.

Un buen lugar para morir.

La cabaña veintidós.

Shirley.

Shirley...

Cardiff apretó con fuerza las mandíbulas, al contemplar la precintada cabaña. Giró, avanzando ahora a grandes zancadas.

Llegó a recepción.

La puerta de entrada hacía funcionar un timbre cada vez que era empujada.

Tras el mostrador de recepción no se encontraba Jerry Simmons.

Un individuo de pálidas facciones y ojos amarillentos jugueteaba con las palancas de la centralilla telefónica. Vestía traje oscuro, camisa a discretas rayas y corbata de seda.

—¿Dónde está Jerry Simmons?

El hombre sonrió en desagradable mueca.

—Es su día libre. Yo soy Blakely. Hago su turno.

Eddie Cardiff trazó una semicircular mirada por la sala. Volvió a posar los ojos en el individuo.

No tenía aspecto de conserje.

—¿Dónde puedo localizar a Simmons? Es muy urgente.

El llamado Blakely se incorporó.

Era un individuo alto.

De enteca figura.

—Allí le encontrará. —Blakely señaló hacia una puerta situada al fondo de la sala—. No se moleste en llamar.

Cardiff avanzó hacia el lugar indicado.

Empujó la puerta.

La hoja de madera cedió mansamente.

Era una habitación de reducido mobiliario. Una sola cama, un armario empotrado, una mesa y dos sillas. Una de las paredes, cubierta de pósters. Desnudos femeninos, marcadamente pornográficos.

Todo aquello pasó desapercibido para Cardiff.

Desde un principio su atención quedó centrada en Jerry Simmons.

Tenía los ojos muy abiertos. Al igual que la boca. Su lengua asomaba grotescamente, acentuando el aspecto poco favorable del desencajado rostro.

Una cuerda ceñía salvajemente la garganta de Simmons, manteniendo el otro extremo sujeto a la lámpara.

No había sido un suicidio.

El terror aún se delataba en los desorbitados ojos de Simmons.

Y, además, estaban los dos hombres.

Dos individuos que sonreían a Cardiff.

—Ya te he dicho que era su día libre —dijo la voz de Blakely, a espaldas del detective—. Jerry Simmons ha quedado libre para siempre.

Blakely empujó al detective.

Ayudado por un «Super-Star» con tubo silenciador acoplado al cañón.

Eddie Cardiff quedó junto a la mesa escritorio.

—Tenías razón, Blakely —dijo uno de los individuos que ocupaban la estancia—. Es Cardiff. He visto su fotografía en los periódicos de hoy.

Blakely asintió con suficiencia.

—También yo le reconocí, Alan. Apenas verle bajar del auto. ¿Qué hacemos con él?

Alan Hartford era un mal sujeto. Desde los quince a los veintiocho años los pasó entre correccionales y cárceles. Reformatorio de Elmira, prisión de Auburn, penal federal de Leavenworth... Muy pocos «hoteles» le quedaban por conocer. Ahora, con treinta y cuatro años de edad, había sentado cabeza. Era un asesino a sueldo. Tres años con la mafia neoyorquina. Actualmente, a las órdenes de Fabrizio Venantini.

—No sé. Con Simmons llegamos demasiado tarde. El muy estúpido se suicidó. Puede que responda a las preguntas que teníamos preparadas para Simmons. No dejes de encañonarle, Blakely. Al menor movimiento sospechoso le metes una bala en la cabeza.

—*Okay.*

Eddie Cardiff les contempló despectivo.

El tercer hombre, un individuo con rostro de catcher sonado, babeaba contemplando los pósters porno.

—Yo soy Alan Hartford. Ya conoces a Blakely. Aquél es... ¡Maldita sea, Clive! ¡Olvida esas guarradas!

El llamado Clive dio un respingo.

Sonrió estúpidamente.

—Me gustan las guarradas. Alan.

—¡Olvídalas!

—Sí, Alan.

—Pues bien, Cardiff. —Hartford acoplóse lenta y significativamente unos nudillos de acero en la mano derecha—. Vamos a conversar como personas inteligentes, ¿de acuerdo?

—¿Es inteligente hacerme creer que Simmons se ha suicidado? Vosotros le habéis liquidado.

—¿Nosotros...?

—Silencio, Clive, Un momento, Cardiff... Sufres un ligero error. Acabamos de llegar... No niego que era nuestra intención liquidar a Simmons, pero después de interrogarle. Al entrar no había nadie en recepción. Registramos, y nos encontramos a Jerry Simmons bailando de una cuerda. Aún está caliente. Se suicidó hace menos de una hora.

—Mira su rostro.

—¿Cómo?

—Su rostro, Alan —sonrió Cardiff, duramente—. ¿Es el de un suicida?

Alan Hartford se aproximó al cadáver.

Se llevó un cigarrillo a los labios. Macabramente encendió un fósforo en la suela del zapato izquierdo de Jerry Simmons.

—En verdad está un poco crispado... Puede que en el último momento quisiera dar marcha atrás, percatándose de que ya era demasiado tarde para retroceder. Eso explicaría el terror reflejado en su rostro. Nosotros no le hemos liquidado, Cardiff. ¿Por qué iba a negarlo?

—Oye, Alan —intervino Blakely—. Ya próximos al Sinton Motel, nos cruzamos con un «Mercury» que circulaba a toda velocidad. Pudo ser el fulano que liquidó a Simmons.

—¿Y por qué no el propio Cardiff? Tal vez olvidó algo y decidió volver, encontrándose con nosotros.

—Yo nada tenía contra Jerry Simmons.

Alan Hartford proyectó súbitamente su puño derecho.

Con los nudillos de acero acoplados.

Al estómago de Cardiff.

Brutalmente.

Eddie Cardiff se dobló. Al inclinarse recibió el rodillazo en el rostro. Comenzó a sangrar por la nariz y labios.

—Ya hemos perdido mucho tiempo, Cardiff —advirtió Hartford—. Ahora quiero respuestas concretas. ¿A qué has venido aquí?

—Tenía... intención de hablar con Simmons... Cuando Alex Whitaker llegó, acudió directamente a la cabaña veintidós. Sin pasar por recepción. Tenía la llave o disponía de esa cabaña a plena libertad. A los seis minutos salió... Quería interrogar a Simmons. Si Whitaker era un cliente habitual, conocería sus costumbres...

Alan Hartford rió divertido.

—Muy curioso. Parecidas preguntas teníamos preparadas para Simmons. El señor Venantini sospecha que el Sinton Motel era el lugar para las citas clandestinas de Whitaker. Para las aventuras amorosas, condenadas por el señor Venantini. Pobre Alex... Siempre le salió bien hasta que tú te cruzaste en su camino. Tú y esa furcia negra que...

Eddie Cardiff no sopesó las posibles consecuencias de su acción.

La puntera de su zapato derecho se centró con salvaje violencia contra el bajo vientre de Hartford. Alcanzándole de lleno en los testículos. El alarido de Alan Hartford fue espeluznante.

Comenzó a retorcerse de dolor.

Aquella danza alrededor del detective impidió que Blakely accionara el gatillo de la «Super-Star», por temor a alcanzar a su compañero.

Aquel temor no era compartido por Cardiff.

Se apoderó de la «Magnum».

Blakely sí quiso entonces disparar, pero ya era demasiado tarde.

La bala le alcanzó en la frente. Entre ceja y ceja. Proyectándole fuera de la habitación.

Clive, torpe en reflejos, no aventajó al detective.

Dispararon al unísono.

Eddie Cardiff cerró instintivamente los ojos al percibir el fogonazo. Parpadeó una y otra vez para disipar aquella nube rojiza que se interponía ante él. Borrosamente vio caer a Clive arañando la pared. Llevándose entre los dedos uno de los pósters más llamativos.

Un violento golpe en la diestra hizo a Cardiff soltar la «Magnum».

Distinguió vagamente a Hartford que recogía el arma.

Escuchó su carcajada.

—Es tu turno, bastardo... Te voy a llenar las tripas de plomo...

Cardiff retrocedió.

Aturdido.

Al pasar el dorso de la mano por la frente, la retiró manchada de sangre.

Volvió a parpadear repetidamente.

Sí.

Ahora logró fijar la imagen de Alan Hartford.

Su satánica sonrisa.

Con ambas manos sujetaba la «Magnum».

Apuntando al detective.

Eddie Cardiff lamentó no recordar ninguna oración. Se limitó a encomendar su alma al Todopoderoso.

Cerró los ojos al oír la primera detonación.

Un disparo.

Dos.

Tres...

Y Eddie Cardiff continuaba en pie.

Sin acusar ninguno de los impactos.

Con una mueca de estupor abrió los ojos, contemplando la macabra danza de Alan Hartford.

A ritmo de plomo.

Cayó aparatosamente. Su mano derecha aún sostenía la «Magnum». Tres rojos orificios en el pecho. Formando triángulo sobre su corazón.

Cardiff desvió la mirada hacia la entrada.

El estupor no se borró de su rostro.

Bajo el umbral le sonreía una mujer. De unos veinticuatro años de edad. Atractivo rostro, encuadrado por una larga cabellera negra como el azabache. Negros eran también sus ojos. La nariz pequeña. Labios muy carnosos.

La muchacha lucía un conjunto *jean*, de chaquetilla y pantalón. En bandolera, un bolso también *jean*.

Aunque lo que más destacaba era el «Smith & Wesson» de su mano derecha. Todavía humeante.

—¿Te encuentras bien, Eddie?

Cardiff asintió con un movimiento de cabeza.

Aquel gesto hizo que el hilillo de sangre que se iniciaba en su sien izquierda goteara sobre la chaqueta.

—Entonces salgamos de aquí —dijo la joven, guardando el revólver en el bolso—. Hemos hecho demasiado ruido.

Cardiff se inclinó torpemente.

Arrebató el arma de la crispada mano de Hartford.

—¿Qué haces, Eddie? ¡No perdamos tiempo!

—Esta «Magnum» es mía... Le tengo cariño...

Los gordezuelos labios de la muchacha dibujaron una sonrisa.

Se encaminaron hacia la salida.

En la centralita telefónica se habían iluminado varias de las extensiones, sonando con estruendo. Sin duda los ocupantes de las cabañas, alarmados por las detonaciones, demandaban explicaciones de lo ocurrido.

—¿Es tuyo? —interrogó la joven señalando el «Toronado» estacionado frente al motel.

—Sí...

—Yo conduciré, Eddie.

La muchacha se situó frente al volante, realizando hábilmente el giro y enfilando veloz por la comarcal que les conduciría a la autopista.

—Los clientes del motel no tardarán en avisar a la policía... Espero que nos dé tiempo de llegar a la autopista.

—¿Quién eres?

—Puedes llamarme Evelyn. Toma mi pañuelo. ¿Estás herido? Cardiff procedió a limpiarse las manos.

De la sien izquierda seguía resbalando un hilillo de sangre.

—Un rasguño... la bala me rozó milagrosamente...

—Sí. Eres un tipo con suerte.

—Tu nombre no me dice nada, Evelyn.

Llegaron a la autopista.

Sin haberse cruzado con ningún otro vehículo.

Evelyn dio ahora la máxima velocidad al auto.

Ya próximo el amanecer del nuevo día, el tráfico resultaba inexistente.

—Tengo un apartamento cerca del Lake Cliff Park. Allí hablaremos con tranquilidad.

—No, nena. Quiero saber quién eres.

El «Toronado», ya en los accesos a la ciudad, fue aminorando paulatinamente la velocidad.

La muchacha, sosteniendo el volante con una mano, tendió la diestra hacia el bolso.

Cardiff le sujetó la muñeca.

Enfrentaron sus miradas.

Evelyn sonrió, volviendo sus negros ojos al parabrisas.

—No iba a sacar el revólver, Eddie. Únicamente trataba de mostrar mi credencial.

—¿Tu credencial?

—Ahá. Búscala tú mismo.

Eddie Cardiff abrió el bolso.

Un contenido muy poco femenino.

El

«Smith & Wesson»,
dos cargadores, unas esposas, un juego de llaves, un cortaplumas...
Descubrió el billetero...

A la izquierda, la insignia. A la derecha, la credencial nombre de
Evelyn Kramer.

Eddie Cardiff entornó los ojos, contemplando la placa.

Un distintivo popularizado por el *cómic*, la novela policíaca, el
cinema, la televisión...

«Department of Justice. Federal Bureau of Investigation. Fidelity.
Bravery. Integrity».

Eddie Cardiff posó ahora su incrédula mirada en la muchacha.

Aquella belleza era agente del FBI.

CAPÍTULO IX

Evelyn sonrió.

—Ya está. Es una herida superficial. No te quedará cicatriz.

—Eso me tiene sin cuidado. —Cardiff palpó el parche colocado en la frente—. Son más inquietantes otro tipo de cicatrices.

—¿Las que no dejan huellas? Sí, Eddie. Ésas son las peores. Te marean interiormente, y no cesan de atormentar.

Cardiff se reclinó en el sofá.

Dirigió una indiferente mirada por el salón.

—Tienes un bonito apartamento. ¿Vives sola?

—Sí, Eddie. ¿Quieres dormir o prefieres que convergemos un poco? Si te encuentras cansado, mañana...

—Hablemos, Evelyn. —Cardiff tomó de nuevo la botella de *whisky* para servirse un segundo vaso—. Estoy muy intrigado. Una agente del FBI que escapa del escenario de un tiroteo, evitando el encuentro con la policía, resulta sorprendente.

La muchacha se dejó caer en el sofá.

—Lo hice por ti, Eddie. Los de la Sección Especial le llevarían de nuevo para largos e interminables interrogatorios. Yo poco pude ver. Sólo a Hartford dispuesto a ejecutarte. Lo de Jerrv Simmons y los demás...

—Yo maté a los dos compañeros de Alan Hartford. En legítima defensa. Jerry Simmons estaba ya muerto cuando llegue al motel. Según Hartford y sus hombres son ajenos a lo de Simmons.

—Lo dudo. Creo que Fabrizio Venantini ha descubierto las aventuras amorosas de su difunto yerno. De ahí que enviara a sus hombres a investigar en el Sinton Motel.

—Resulta ridículo que un hombre como Venantini reprima ese tipo de aventuras. Fabrizio Venantini, rey de la prostitución y el vicio, escandalizado por la infidelidad de su yerno. Sí, maldita sea... ¡Ridículo!

—Venantini le entregó a su hija. Una Venantini. La infidelidad de Whitaker es despreciar a Katherine, su belleza, su honor... Eso entre los sicilianos es tomado muy en consideración. Katherine nació en los Estados Unidos, pero Venantini sigue fiel a ciertos ritos de Sicilia. No ha olvidado las costumbres de sus antepasados.

—Bien. Ya ha descubierto la infidelidad de Whitaker. ¿Qué piensa hacer? ¿Matarle otra vez? Alex Whitaker está muerto.

—Sí, Eddie. Ésa fue una gran sorpresa para nosotros. El FBI está, al igual que la Sección Especial, tras la organización de Venantini. Estamos seguros de que Fabrizio Venantini fue el autor del secuestro y posterior muerte del hijo de Kirk Mac Gowran. Después de que ese magnate pagara su rescate. El secuestro es uno de los delitos más odiados y perseguidos por el Federal Bureau of Investigation. Colaboramos con la Sección Especial. Por supuesto, nuestros medios son mejores, pero hasta el momento ambos hemos fracasado... La muerte de Shirley Donald y tu testimonio acusando a Alex Whitaker nos causó asombro.

—Cuando acepté el trabajo ignoraba que...

—Lo sé, Eddie... —interrumpió Evelyn, tomando una cajetilla de «Eve» de la mesa cercana—. Sección Especial nos pasa un informe de sus actividades. Eddie Cardiff, detective privado, en compañía de un fotógrafo y de una joven de color llamada Shirley, deciden tender una trampa a Alex Whitaker.

Cardiff vació el vaso de *whisky*.

Apretó las mandíbulas.

—¿Qué quiere el FBI de mí? Whitaker está muerto. Ya no puedo declarar contra él. Añadiré algo más. Empiezo a tener mis dudas de que fuera Whitaker el asesino de Shirley.

Los gordezuelos labios de la muchacha succionaron el cigarrillo.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—También a nosotros nos sorprendió. Whitaker era inteligente. Aun contando con la complicidad de Jerry Simmons, resulta absurdo que dejara tras sí un cadáver y sus huellas dactilares.

—Nada más puedo añadir a lo declarado al teniente Darnell.

—El crimen del motel ya ha dejado de interesarnos. Venantini se precipitó al ordenar la ejecución de su lugarteniente. Los abogados presionaban en todas direcciones. Alex Whitaker hubiera salido en cuestión de horas. Tal vez quiso castigar su infidelidad hacia

Katherine. Whitaker ha muerto, pero la organización sigue ahí. Tú puedes ayudarnos, Eddie. No dudamos que Venantini se pondrá en contacto contigo. Para interrogarte... o para darte muerte. Eres astuto, Eddie. Demuestra esa inteligencia contra Venantini.

Cardiff sonrió.

Fríamente.

—Existen varios inconvenientes.

—Enuméralos.

—No puedo actuar como investigador. Me han retenido la licencia, y de seguro procederán a retirármela definitivamente. He faltado a los principios de todo buen detective. Tampoco soy astuto e inteligente. De serlo, mi despacho dominaría la McKinney Avenue, mi cuenta corriente no sería de cuarenta dólares... ¡y Shirley estaría con vida!

Evelyn ahogó un suspiro.

Se había despojado de la chaquetilla *jean*.

Sus erguidos senos hincharon al máximo la tela de la blusa.

—Lógicamente, hemos indagado en tu vida, Eddie. Te dieron la licencia hace seis años. La conseguiste con mucho esfuerzo. Tus primeros casos los solucionaste con gran dignidad y...

—Y pocos dólares —concluyó Cardiff, con sarcasmo—. Sí, muñeca. Para ganar mucho dinero había que corromperse un poco. Amañar pruebas. Desvirtuar los hechos... Yo me resistía a todo eso. No me dejaba sobornar. De ahí que me despidieran de la Lewis Investigation Agency. Trabajaba en el robo de la nómina a la Simpson Companv. Descubrí a los culpables. Un pez gordo del Consejo de Administración, ayudado por un vulgar chupatintas. Recibí orden de que todas las culpas recayeran sobre el chupatintas. Me negué, y fui despedido. Desde aquel día me establecí por mi cuenta. Paulatinamente me fui degradando, pero jamás hasta el extremo de causar daño a nadie. De ahí mi despacho en Barrio Mars. ¿Amañar pruebas para conseguir el divorcio? ¡Seguro! ¿Por qué no? Si lo desea una de las partes, significa que no es feliz en el matrimonio. Yo le ayudo a conseguir el divorcio.

—Conocemos todo eso, Eddie. Conocemos todo lo relacionado contigo.

—¿De veras? ¡Magnífico, Evelyn! Una pregunta fácil... ¿Quién fue mi padre?

La muchacha inclinó la cabeza.

Incapaz de soportar la dura mirada de Cardiff.

—¿Qué ocurre, nena? ¿No está archivado ese dato en vuestra computadora?

—Es una de tus cicatrices ocultas, Eddie.

—¡Al diablo con tus frases bonitas! —gritó Cardiff, apoderándose nuevamente de la botella de *whisky*—. No conocí a mi padre. Mi madre tampoco se molestó en indagar entre sus refinadas amistades. Mi buena madre... me soportó hasta los cinco años. A esa edad es cuando admitían a los niños en la St. Louis House. Me entregó allí, pasada la Navidad. «Hasta pronto, Eddie». No volví a verla jamás. St. Louis House, modelo de institución benéfica...

—Si colaboras con nosotros recuperarás tu licencia, Eddie. De conseguir aniquilar el imperio de Venantini, hay una importante gratificación otorgada por Kirk Mac Gowran para quien descubra a los culpables del secuestro y muerte del pequeño Freddy. Sería tuya, Eddie.

—No. Fabrizio Venantini es problema vuestro. El mío es Shirley. Quiero castigar al bastardo que...

—¿Estás seguro de que no fue Whitaker?

—Eso es lo que quiero descubrir.

—Entonces colabora con nosotros, Eddie. Seguimos el mismo camino. Venantini es un cáncer que debemos exterminar. Un mal de la sociedad que es necesario destruir.

—¿También has investigado en la vida de Shirley Donald?

Evelyn volvió a desviar la mirada.

—Sí... Una vida triste, con una final también triste.

—No solamente es el cáncer Venantini el que debemos destruir —dijo Cardiff—. Una sociedad que permite la miseria de Barrio Gans también debe ser aniquilada.

—¿Tanto la amabas, Eddie?

—¿Amarla...? ¿A Shirley...? ¡Oh, Dios! ¡Tú no comprendes... no puedes comprender lo que significa la soledad, la indiferencia, el desprecio...! Fue eso lo que me unió a Shirley. Lo que mantiene mi amistad con individuos como Walter Garner. Amar a Shirley... ¿Qué entiendes tú por amor? Voy a decirte algo que le sorprenderá, Evelyn. Shirley pensaba contraer matrimonio dentro de un año.

Cuando licenciaran a Sammy. Sammy también es negro. También creció en Barrio Gans. También marginado. Shirley era mi compañera. Mi amiga. Juntos compartíamos alegrías y tristezas. Nos ayudábamos mutuamente a sobrevivir. ¿Puedes comprender todo esto?

Evelyn no respondió.

Lentamente se incorporó del sofá.

Acudió al ventanal del salón.

Ya estaba amaneciendo. La ciudad empezaba a despertar. Millones de seres humanos iniciarían una jornada más. Un nuevo día. Igual al anterior. El mismo que mañana. Cada uno, aturdido por sus propias preocupaciones. Sin importarles las ajenas.

—Perdóname, Evelyn. Te he hablado como si tú fueras la culpable de todo.

La muchacha giró.

Cardiff estaba a su lado.

—Todos somos culpables, Eddie.

—Bien... jamás me había imaginado colaborar con el FBI. ¿Qué debo hacer?

Evelyn sonrió.

—Ahora debes descansar. Yo había ocupado una cabaña del Sinton Motel. El propio Simmons me la proporcionó. Desde allí estaba observando, pero a media noche abandoné la vigilancia y me quedé dormida. Me despertó la llegada de un auto, Poco más tarde los disparos... Afortunadamente llegué a tiempo. Aún tengo sueño y de seguro tú estarás rendido. Podemos descansar unas horas, ¿de acuerdo? Sígueme, Eddie...

Abandonaron el salón.

Evelyn abrió una de las puertas del corredor, accionando el interruptor de la luz.

—Yo ocupo el dormitorio contiguo, Eddie. En el baño encontrarás todo lo necesario. Buenas noches.

Cardiff se adentró en la estancia.

Sobre la mesa de noche se vació los bolsillos. También dejó allí la «Magnum».

Acudió al cuarto de baño.

Después de un rápido baño, friccionó pecho y estómago. Aún acusaba el golpe propinado por Hartford.

Envuelto en una toalla, retornó al dormitorio.

Instantes más tarde entraba en contacto con las suaves sábanas del lecho.

Cerró los ojos.

No fue capaz de dejar su mente en blanco.

Shirley, Whitaker, Simmons...

Todos desfilaban, en macabra danza.

Eddie Cardiff atrapó la cajetilla de tabaco y el encendedor. Consultó la esfera del reloj.

Las seis de la mañana.

A medio consumir el cigarrillo vio cómo la puerta de la habitación se abría lentamente.

Apareció Evelyn.

—Eddie... creí que te habías dormido con la luz encendida y...

—No consigo conciliar el sueño.

La muchacha lucía una transparente *negligée*. Bajo la fina gasa se delineaban los erectos senos y la sombra del diminuto *slip*.

Pulsó el interruptor.

La estancia quedó en penumbra.

La joven avanzó hasta el lecho.

La *negligée* se deslizó suavemente hasta caer al suelo.

—Yo puedo ayudarte, Eddie. No me rechaces...

Cardiff no pudo hablar.

Lo intentó, pero su boca quedó aprisionada por unos carnosos labios. Percibió también el turbador perfume que emanaba del cuerpo de Evelyn. Sus sedosos cabellos. El contacto de su busto, las caderas, los acariciadores brazos...

Eddie Cardiff besó ávidamente aquellos labios.

Con furia.

Con desesperación...

CAPÍTULO X

Una dolorosa punzada en el costado izquierdo, despertó a Cardiff.

Entreabrió los ojos.

La claridad del día quedaba parcialmente eclipsada por los gruesos cortinajes de la habitación.

Eddie Cardiff extendió los brazos.

Se percató de que estaba solo.

Aquello le hizo reaccionar, incorporándose para pulsar el mando de la lámpara de mesa.

Consultó el reloj.

Faltaban pocos minutos para las once horas.

Cardiff profirió una maldición, abandonando precipitadamente el lecho. Llegaría tarde a su cita con Katherine.

Pasó al cuarto de baño.

Allí, sobre el espejo, y escrito con lápiz de labios, descubrió el mensaje de Evelyn:

«Espérame. Almorzaremos juntos».

También descubrió los envoltorios. Adquiridos en unos grandes almacenes. Juego de ropa interior, camisa, chaquetilla blanca, ribeteada en azul a juego con el pantalón de sarga, calcetines y zapatos mocasín.

Cardiff esbozó una sonrisa.

Era su intención comprar ropa nueva para sustituir a la manchada en el motel, pero la oportuna iniciativa de Evelyn le ahorraría tiempo.

«Almorzaremos juntos».

Evelyn también se estaba retrasando.

Tanto mejor.

El detective quería acudir sólo a su cita con Katherine.

Después de un superficial afeitado con maquinilla eléctrica

femenina, procedió a vestirse. Su aspecto, pese a la ropa nueva, no resultaba del todo satisfactorio.

El parche en la sien y los maltrechos labios no resultaban vistosos.

Se ajustó la «Magnum».

Abandonó el apartamento.

El «Toronado» continuaba frente a la entrada del edificio. Con una papeleta de infracción sujeta al parabrisas.

Cardiff se acomodó frente al votante.

Minutos más tarde circulaba combatiendo con el intenso tráfico de las calles de Dallas.

En dirección a la zona residencial de Barrio Weel.

Próximo al White Rock Lake.

El *bungalow* de Katherine le resultaba ya familiar. Hasta allí había seguido al difunto Alex Whitaker en repetidas ocasiones. El 2033 de la Bary Avenue. En Barrio Weel.

A la altura del 2025 de la Bary Avenue estaba el auto de la Metropolitan Police. Cruzado en la calzada. Interceptando el paso. Dos agentes uniformados desviaban los vehículos hacia una de las bocacalles.

Cardiff aminoró la marcha.

No giró el volante hasta que se acercó el policía.

—¿Adónde se dirige?

—Al White Rock Lake —replicó Cardiff, alertado por un sexto sentido—. ¿Qué ocurre, agente?

—Esta zona está acordonada. Siga por Mills Street. Podrá retornar a la Bary Avenue tres bocacalles más abajo.

—¿Qué ha ocurrido?

El agente se distanció, haciendo caso omiso a la pregunta formulada. Con gesticulantes ademanes ordenó a Cardiff obedecer las indicaciones.

El «Toronado» enfiló por Mills Street.

Eddie Cardiff frenó en la segunda bocacalle.

Descendió del vehículo caminando hasta Bary Avenue. Un grupo de curiosos, vecinos de los *bungalows* cercanos, eran controlados por la policía que impedía la proximidad al 2033.

Dos autos más de la Metropolitan Police, una ambulancia, tres vehículos... Todos en el recinto amurallado correspondiente al

bungalow 2033.

Eddie Cardiff, confundido entre la multitud, divisó al teniente Darnell bajo el porche. Conversando con Evelyn Kramer y otro individuo de paisano.

Minutos más tarde dos enfermeros sacaban una camilla. Un cadáver. Totalmente cubierto por la sábana.

Fabrizio Venantini surgió tras los camilleros.

Cardiff le reconoció.

La fotografía de Venantini, el «padrino» de Texas, había sido reproducida en los periódicos en infinidad de ocasiones.

Fabrizio Venantini. Con los ojos protegidos por cristales oscuros. El rostro crispado. Las manos temblorosas...

Evelyn y el individuo de paisano se introdujeron en uno de los vehículos. Al salir del *bungalow* y girar hacia la izquierda, fue cuando la bella agente del FBI descubrió a Cardiff entre los curiosos.

Ordenó detener el vehículo.

Eddie Cardiff, percatándose de ello, retrocedió consciente de que la muchacha acudiría tras sus pasos.

Así fue.

Le dio alcance al final de la bocacalle.

Casi junto al «Toronado».

—¡Eddie! ¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces aquí?

Cardiff encendió un cigarrillo.

Sonrió.

—Me cansé de esperar. Habíamos quedado en almorzar juntos, ¿no?

—¿Cómo sabías dónde encontrarme? —Parpadeó Evelyn—. El teniente Darnell... ¡Salgamos de aquí!

Se acomodaron en el auto.

Cardiff inició la marcha.

—¿Katherine?

—Sí. Eddie. De ahí mi demora. Un compañero del FBI me comunicó lo ocurrido. Katherine ha sido estrangulada. Al igual que Shirley. Con una media de seda. Venantini está como loco. No quisiera encontrarme en el pellejo de los dos guardaespaldas encargados de la protección de Katherine.

—¿Por qué?

—Abandonaron su puesto. Dicen que la propia Katherine les ordenó marchar, ya que iba a reunirse con su padre. Lo cierto es que no salió del *bungalow*. Fue como si esperara la llegada de su asesino.

—¿Cuándo ocurrió?

—El forense calcula como hace un par de horas.

—Alrededor de las once...

—Aproximadamente.

—A esa hora me citó Katherine.

—¿Cómo dices?

Un agente apareció cortando el tráfico. Ahora en Hopper Street. Cuestión de minutos. Para dar paso a una ambulancia seguida de un «Mercury» donde iba el teniente Darnell y Fabrizio Venantini. Dos vehículos más cerraban la comitiva.

Cardiff exhaló una bocanada de humo.

—Ahí va el teniente Darnell... Ciertamente se le está amontonando el trabajo. Muerte tras muerte.

—¿Te citó Katherine?

—Ahá. Ayer noche. Cuando me disponía a salir para el Sinton Motel. Quería comprar mi silencio. Temía que divulgara a su padre que ella me contrató para provocar la infidelidad de Whitaker. Me prometió cinco mil dólares. Me citó a las once. Advirtió que estaría sola en el *bungalow* y sin sistemas de seguridad.

—¿A qué hora has salido de mi apartamento, Eddie?

Cardiff rió ahora en seca carcajada.

—¿Sospechas de mí?

—Me gustaría que presentaras una buena coartada al ser interrogado por el teniente.

—¿Por qué iba a interrogarme?

—No se ha cursado orden de busca y captura gracias a mi intervención, Eddie. Alguien del motel retuvo el número de matrícula de tu auto. He contado al teniente todo lo ocurrido. El haberle ocultado los hechos hasta hoy ha incrementado la tirantez ya existente entre Sección Especial y el FBI.

—Creí que el Federal Bureau of Investigation era omnipotente.

Evelyn esbozó una sonrisa.

—Lo es, Eddie; pero la Sección Especial, preferentemente el teniente Darnell, merece trato cuidadoso.

—También sus métodos son de cuidado. Preferentemente en el sargento Goldsmith —remedó Cardiff, irónico—. Es muy amable en los interrogatorios.

—Reconozco la dureza en los hombres de la Sección Especial. Así debe ser para combatir a Venantini. Desgraciadamente han fracasado. El teniente Darnell se retira este mismo año. Y con él cesará también la Sección Especial.

—¿Por qué?

—Sección Especial es un departamento creado con el único fin de combatir el crimen organizado de Venantini. Lleva cinco años de funcionamiento. Se inició a raíz de... Olvídalo.

—Confidencial.

—Eso es. El cercano retiro de Arthur Darnell no será muy airoso. Shirley, Whitaker, Simmons, Katherine... En especial la muerte de Alex Whitaker. En las propias dependencias de la Sección Especial. El teniente ya me ha informado del veneno utilizado. Una dosis letal de nicotina disuelta en el café.

—Muy original.

—Sí, Eddie. Original y complicado. La nicotina, fácilmente transformable en una sustancia líquida incolora e insípida, produce la muerte instantánea cuando se ingiere disuelta en cualquier bebida. Pocas gotas bastan para ocasionar la muerte. La preparación de nicotina líquida con poderes letales requiere amplios conocimientos químicos y farmacológicos.

—Venantini es un individuo bien relacionado. Entre sus amistades figurará algún químico licenciado con el número uno.

—Por supuesto. Los mismos que trabajan en los laboratorios clandestinos. Ésa no es la máxima incógnita. Ni tampoco, aunque todavía sin solucionar, la muerte de Shirley. Whitaker pudo ser el asesino. Lo que nos sorprende es lo ocurrido a Katherine. Damos por descontado que la organización Venantini es ajena a su muerte. Nos inclinamos por Billy Kennedy.

—¿Quién es ése?

—Un rival de Venantini en el crimen y vicio organizado. De ser cierto, la reacción de Venantini no se hará esperar. Tenemos que actuar antes de que las calles de Dallas se conviertan en ríos de sangre.

—¿Sigues opinando que Venantini se pondrá en contacto

conmigo?

—Sí, Eddie.

—¿Cuál es el plan?

Evelyn se reclinó en el asiento.

—Por lo pronto, nos vamos a almorzar. En Barrio Mars. Cerca de tu despacho.

—¿De veras? —rió Cardiff—. Dudo que te guste el ambiente, aunque conozco un *snack* recién desinfectado.

La chica del FBI correspondió a la sonrisa.

Y el auto enfiló hacia Barrio Mars.

Los gordezuelos labios de Evelyn presionaron el cigarrillo.

Lo succionó un par de veces.

—Espero que actúes con inteligencia, Eddie. Desde el momento en que salgas de aquí, el FBI se convertirá en tu sombra; aunque procuraremos no despertar sospechas.

Cardiff consultó la nota.

Llevó la diestra al bolsillo, pero Evelyn le retuvo el brazo.

—Invita el FBI.

—Vestido y alimentado —sonrió Cardiff—. Muy generosa.

—Aún puedo serlo más. Eddie.

Las mesas del *snack* estaban separadas por biombos. Ocupaban la última... Muy distante de la entrada. Ajena a curiosas miradas.

La muchacha alzó las manos para juntarlas tras la nuca de Cardiff.

Se volcó sobre él con los labios entreabiertos.

Fue un beso cargado de pasión. Marcadamente sensual. Devorador. Y todo aquel fuego brotaba de Evelyn.

Eddie Cardiff, en principio sorprendido por aquella fogosidad, correspondió de inmediato. Sus manos hicieron estremecer el cuerpo femenino en osadas caricias.

Fueron unos instantes de ciego deseo.

De desenfrenada pasión.

Evelyn fue la primera en separarse. Jadeante. Alisó la falda descompuesta por la audaz mano de Cardiff.

Los labios de la muchacha aún se mantenían trémulos.

—Eddie...

—Sí, lo sé. Debo irme. —Cardiff se incorporó—. Hasta pronto...

o posiblemente hasta nunca.

—¿Qué quieres decir?

El detective sonrió.

—Tus besos te han delatado, Evelyn. Eran de despedida. La recompensa para el condenado a muerte.

—No comprendo...

—No trates de fingir conmigo. Eres una buena chica, ejerciendo un desagradable trabajo... Nada hay agradable en este perro mundo. Me envías al matadero. Ordenes superiores.

—Eddie...

Cardiff colocó el dedo índice en los húmedos labios de la joven.

—No digas nada. Ayer me ayudaste, Evelyn. Tu compañía borró de mi mente negros pensamientos. Estoy en deuda contigo y por eso acepto el papel de víctima. No me importa. Ya nada me importa. Fabrizio Venantini me ha sentenciado. Y el FBI espera el momento de la ejecución para caer sobre mis verdugos. Procuraré que entre ellos se encuentre el propio Venantini o cualquier otro pez gordo de la organización. Un vulgar asesino a sueldo de poco os serviría, ¿verdad?

—No estás obligado a nada, Eddie.

—Seguiremos con el plan trazado. Nada tengo que perder. Sólo la vida. Adiós, Evelyn.

Cardiff giró sobre sus talones.

Con lento paso abandonó el *snack*.

Próximo a su domicilio descubrió el «Pontiac». En el asiento delantero dos individuos. Unas yardas más abajo otro individuo parecía muy interesado en la lectura del periódico.

Eddie Cardiff esbozó una sonrisa.

Apestanaban a policía.

Penetró en el 1927 de Sorel Road.

Un individuo con uniforme azul efectuaba una reparación en la cabina del elevador.

Otro agente del FBI.

—¿Puedo subir, *G-men*? —inquirió Cardiff, encendiendo un cigarrillo.

El individuo parpadeó.

—¿Cómo dice?

—Olvidalo. Procura no estropearlo más de lo que está.

Eddie Cardiff procedió a subir por la escalera.

Llegó a su apartamento.

Al pasar al *living* vio abierta la puerta que conducía al despacho. También descubrió a la muchacha. Dando vueltas en el sillón giratorio.

—¡Hola, Eddie!

Cardiff cerró de un taconazo.

Con el cigarrillo en los labios se adentró en el despacho.

—¿Quién eres?

—Me llamo Jessica —la joven movía en la boca una pastilla de mascar. Se incorporó—. Me envía Venantini.

Cardiff contempló más detenidamente a la muchacha.

Una encantadora criatura. Corta falda y jersey calado. Los breves y erguidos senos al descubierto bajo la tela.

—¿Qué quiere de mí?

—Un cambio de impresiones. Alex Whitaker no mató a la chica. ¿Te interesa conocer la identidad del asesino?

—Sí.

—*Okay*. Acude esta noche a Paulsen Creek.

—¿Paulsen Creek?

—¿Qué lugar más tranquilo que un pueblo abandonado? Alrededor de las veinte horas. Procura ser puntual, aunque tampoco te adelantes a la hora. Debes ir solo, Eddie. Despista a los *G-men* de abajo. Si eres seguido, no encontrarás a nadie en Paulsen Creek. También nosotros te controlaremos. No hables con nadie.

—Te han visto entrar aquí. Redoblarán su vigilancia sobre mí y...

—Te equivocas, Eddie. El... ascensorista me siguió discretamente. Yo entré en el piso de abajo. En la academia de baile. Simulé interesarme por las clases para dar tiempo a que el policía bajara de nuevo. Luego acudí tranquilamente a tu despacho. Me resultó fácil entrar. Tengo un bonito juego de llaves.

—Les despistaré.

—No somos tontos, Eddie. No trates de engañarnos. Fabrizio Venantini te espera al atardecer en Paulsen Creek. La caída del sol es un bello espectáculo en aquel lugar.

Jessica se encaminó hacia la salida.

Abandonó el apartamento.

Eddie Cardiff dio la última chupada al cigarrillo. Paulsen Creek...

Sí.

¿Por qué no?

Era un bonito lugar para morir.

CAPÍTULO XI

En efecto era un bello espectáculo.

El sol se ocultaba tras el horizonte, extendiendo un baño rojizo sobre la inmensa planicie.

Eddie Cardiff era consciente del error cometido. No sólo hizo caso omiso al teléfono proporcionado por Evelyn para comunicar con el FBI: sino que también les había dado el esquinazo.

Despistó a los sabuesos del Federal Bureau of Investigation en la zona del Highland Park. Luego tomó un «Corvette» en una *rent-a-cart* para evitar ser localizado.

Y enfiló hacia Paulsen Creek.

Unas sesenta millas al norte de Dallas.

La historia de Paulsen Creek es una más a demostrar la estupidez humana. Se levantó el pueblo para albergar a los familiares de los trabajadores de la Paulsen Company, Todos alabaron la generosidad del magnate del petróleo, Lee Paulsen. Las casas de Paulsen Creek, aunque prefabricadas modularmente, resultaron atractivas. Un mes antes de la fecha fijada para inauguración, la Paulsen Company entraba en bancarrota.

Las ratas del desierto fueron los únicos habitantes de Paulsen Creek.

El camino estaba sin asfaltar.

Una nube de polvo rojizo envolvía al «Corvette».

Eddie Cardiff divisó Paulsen Creek.

En plena llanura. A merced del viento, del sol, la lluvia...

Casas alineadas, calles paralelas, frías...

La sensación de soledad era sobrecogedora.

Veinte yardas.

Diez...

El «Corvette» se adentró por la calle principal de Paulsen Creek. La que dividía en dos la pequeña población.

Frente a una casa de cuatro plantas, la única en Paulsen Creek, se estacionaban los dos vehículos.

Eddie Cardiff frenó tras ellos.

Antes de descender del auto surgió un «Buick» por una de las bocacalles. Con estridente chirriar, se situó paralelamente al «Corvette». De una de las ventanillas asomó el cañón de una «Browning».

De la casa también salieron dos individuos armados.

Uno de ellos abrió la portezuela del «Corvette».

—Viene solo, Joseph —dijo después de echar una mirada al asiento trasero—. ¡Abajo, Cardiff!

Joseph Jeffries descendió los escalones del porche jugueteando con la «Luger».

—Bienvenido a Paulsen Creek, Cardiff. ¿Me permite?

Eddie Cardiff fue concienzudamente cacheado.

No le fue encontrada ningún arma.

—Registra el coche, Barron —ordenó Jeffries—. ¡Vosotros seguid patrullando!

Los dos ocupantes del «Buick» se alejaron hacia la salida norte de Paulsen Creek.

—Sígame, Cardiff. El Señor Venantini le espera.

El detective penetró en la casa.

Seguido de Joseph Jeffries y del llamado Barron.

Ni un solo mueble. Habían sido retirados por la Paulsen Company o saqueados durante los siete años de abandono.

La amplia y desnuda sala iluminada por dos potentes lámparas de gas.

Y allí estaba Fabrizio Venantini.

Junto con tres individuos más.

El rostro de Venantini crispado. Con los ojos llameantes. Los puños cerrados. Dominando la ira.

Las lámparas de gas proyectaban fantasmagóricas sombras en el suelo.

—Tú eres Cardiff... Celebro verte. He implorado al diablo tu presencia temiendo que no acudieras a la cita Tampoco yo tenía que estar aquí, sino velando el cadáver de mi hija. Katherine está muerta.

—Lo sé.

Los ojos de Venantini acentuaron el satánico brillo.

—Por supuesto... Lo sabes... ¿Para quién trabajas, Cardiff?

—Tu hija me contrató. Quería divorciarse de Whitaker.

Venantini hizo una seña.

Casi imperceptible.

Joseph Jeffries alzó el brazo armado.

Descargó el cañón de la «Luger» tras la oreja izquierda de Cardiff.

Un violento golpe que le obligó a caer de rodillas.

Fabrizio Venantini se aproximó.

Propinó un salvaje puntapié al rostro de Cardiff.

—¡Quiero la verdad, maldito!

Eddie Cardiff gateó por el suelo escupiendo sangre.

Dos de los individuos le ayudaron a incorporarse.

—¡Responde, bastardo! —gritó Venantini, abofeteando el rostro del detective—. ¿Para quién trabajas? ¿Quién lo ha planeado? ¿Billy Kennedy?

Cardiff sonrió.

Aumentando la sangre que brotaba de sus labios.

—Soy ajeno a vuestros sucios manejos. Ignoraba que Katherine era tu hija... no hubiera aceptado... puedes creerlo o no... He acudido a tu cita sólo para conocer al asesino de Shirley.

—¡Al infierno con tu negra furcia! No sé quién la mató, pero tú sí sabes quién liquidó a Alex.

Cardiff arqueó las cejas.

—¿Whitaker?... Tú mismo ordenaste su muerte.

—Estúpido... mis abogados ya habían conseguido su libertad. Era cuestión de horas. Alguien se adelantó eliminándole. Quieren destruirme. Aminorar mi poder. ¡Responde!

—No sé nada. Katherine me dio mil dólares para...

—¡Acabad con él! —exclamó Venantini fuera de sí—. ¡Matadle! ¡Matadle a golpes!

Los dos individuos sujetaron con más fuerza a Cardiff.

Permitiendo que Joseph Jeffries aplicara el castigo con toda comodidad.

Con el cañón de la «Luger».

Al costado izquierdo y derecho.

Sistemáticamente.

—¡Más!... ¡Más!... —gritaba Venantini con los ojos inyectados —. ¡A la cabeza, Joseph! ¡Machácale la cabeza!

Cuando Joseph Jeffries se disponía a cumplir la orden, una violenta explosión atronó en el silencioso Paulsen Creek.

Venantini y sus hombres se miraron, desconcertados.

Joseph Jeffries abandonó la casa.

Su voz sonó desde el porche:

—¡Han volado el auto de Gary y Ralph!

Fabrizio Venantini avanzó también hacia la salida.

Los dos individuos soltaron a Cardiff, que cayó pesadamente de bruces.

Todos quedaron bajo el porche.

A unas cincuenta yardas se veía el «Buick» envuelto en llamas. Destrozado. Con sus dos ocupantes carbonizados.

—¿Quién diablos...?

—Pudo ser un artefacto, señor Venantini —dijo uno de los individuos—. Una carga dejada sin explotar por la Paulsen Company.

Venantini movió la cabeza.

Con el rostro congestionado.

—No, maldita sea... Esto es obra de Cardiff. Le han seguido. Comunicó con la policía.

—Eso es imposible —argumentó Jeffries—. Robby está en lo alto del edificio. Controla toda la llanura. Hubiera descubierto cualquier vehículo que...

—¡Comunica con Robby!

Joseph Jeffries fue hacia el auto estacionado frente al porche.

Sobre el asiento delantero un radioteléfono.

—¡Robby!... Aquí Jeffries... ¡Responde, Robby!... ¡Robby!

—¡Coged las armas! —ordenó Venantini—. ¡No estamos solos en Paulsen Creek!

Del auto sacaron ametralladoras ligeras «AK-47»,

de fabricación soviética. Con telescopio y dispositivo de rayos infrarrojos para disparos en la oscuridad.

—¡Señor Venantini!... ¡Allí!... Es...

El hombre no pudo terminar.

Una ráfaga le alcanzó de lleno.

Venantini y los demás se arrojaron al suelo.

—Han disparado desde la casa... ¡Cardiff!

—No seas idiota, Barron —dijo Jeffries, gateando por el porche—. ¿De dónde iba a sacar el arma? Yo mismo le registré. Voy a echar un vistazo... ¡Cubridme! Centrarón el fuego hacia la entrada de la casa. Joseph Jeffries se incorporó asomándose al ventanal. Tras unos instantes de estupor alzó la zurda para que cesara el fuego.

—No hay nadie... Ahí dentro no hay nadie... ¡Cardiff ha desaparecido!

—¿Cómo te encuentras, muchacho?

Eddie Cardiff movió débilmente la cabeza.

El solo respirar le causaba dolor.

Sin borrar aún la sorpresa de su rostro contempló al teniente Darnell agazapado junto al ventanal. Con un fusil ametrallador en sus manos.

—Se han decidido a entrar en la casa —rió Arthur Darnell—. Estúpidos... Uno de ellos vio cómo te arrastraba hacia la salida posterior, pero ya está muerto. Apuesto a que creen que seguimos allí. Voy a sacarles de dudas.

El teniente apuntó cuidadosamente.

El rifle estaba dotado de intensificador de luz para tiro nocturno.

Apretó el gatillo.

Uno de los hombres de Venantini, el más próximo a la entrada de la casa, alzó los brazos al recibir el tiro en la nuca.

Arthur Darnell rió a carcajadas.

Eddie Cardiff avanzó penosamente hasta el ventanal.

Estaban en la planta baja de una casa situada frente a la ocupada por Venantini y sus hombres.

—¿Dónde están sus hombres, teniente?

—¿Mis hombres? Estoy solo, muchacho; pero bien armado. Echa un vistazo a ese maletín. Puedes tomar el rifle. Les vamos a dar una buena lección.

Cardiff permaneció inmóvil.

En el maletín había granadas de mano, bocachas para el lanzamiento de gases, dos automáticas y un rifle desmontado.

—Teniente... ¿cómo llegó hasta aquí?

—En helicóptero. Le he guardado en un hangar. Sin dejar la

menor huella. Llegué mucho antes que ellos. Así pude colocar un par de cargas de dinamita. He volado el coche de...

—Mi pregunta es cómo supo que...

Cardiff se interrumpió ante el disparo del teniente.

De nuevo sonó la risa de Darnell.

—¡He liquidado a Howard Hunt *Tres Dedos!*... Violación y asesinato en 1977, absuelto por falta de pruebas. Robo a mano armada en 1978, absuelto por falta de pruebas... Dudo que Satanás le libre ahora del infierno.

Una lluvia de plomo hizo saltar los cristales del ventanal.

El teniente Darnell, sin cesar de reír, se ocultó.

—Ya nos han descubierto, pero poco importa. Quedan Venantini, Jeffries, Barron y Morton.

—Teniente...

—Ah, sí... tu pregunta... Muy sencillo, Cardiff. Tenía controlado tu teléfono, así como un par de micrófonos ocultos en el despacho.

—¿Por qué no ha acudido con sus hombres?

—Esto es asunto mío, muchacho —contestó Darnell, acoplando la bocacha al cañón del rifle—. Soy yo quien debe aniquilar a Venantini.

—¿Cuándo intervino mi teléfono, teniente?

—Pocas horas después de detenerte, Cardiff. Sin ninguna autorización. Tengo carta blanca. Yo mismo controlé las cintas grabadas.

—Entonces, ¿también escuchó mi conversación con Katherine?

—Seguro.

—Pero... Dios... no es posible...

—¿Qué te ocurre, muchacho? —Darnell se aproximó al ventanal para lanzar una bomba de gas—. ¡Preparado, Cardiff! Ahora saldrán como conejos...

—No sea iluso, teniente. Utilizarán, como nosotros, la salida posterior.

—No todos, Cardiff. El pánico les impulsará a... ¡Ahí está el primero! ¡Es Morton!

El teniente apretó el gatillo.

El individuo frenó su carrera bajo el porche.

—Teniente... usted mató a Katherine. Y también a Jerrv Simmons. El «Mercurv»... Los hombres de Venantini se cruzaron

con un «Mercurv» cuando iban al motel. Usted tiene un «Mercurv»... Sabía, además, que Katherine estaría sola y sin protección, sin las medidas de seguridad del *bungalow*... ¿Por qué, teniendo? ¿Por qué?

—Esperaba encontrar allí a Joseph Jeffries —dijo Darnell sin molestarse en negar la acusación—. Con ella.

—¿Katherine y Jeffries?

—¿Por qué crees que deseaba el divorcio? Mantenía relaciones con Jeffries, pero el temor a ser descubierta, el miedo a Venantini, la impulsó a contratarte. Si demostraba la infidelidad de Whitaker su padre permitiría el divorcio.

—Pero... no comprendo...

El rostro de Darnell se transfiguró.

—No... tú no puedes comprenderlo... Llevo cinco años tras ellos, Cardiff. Cinco años de fracasos. Viendo cómo una y otra vez burlaba la ley... merced a trucos legales Me retiro de la Sección Especial. De todo servicio activo. Tenía que terminar mi trabajo. Hace cinco años empezó a funcionar la Sección Especial. Me fue otorgada su dirección, Cardiff. ¿Sabes por qué? Yo era el más indicado. Yo no me dejaría sobornar. Tenía una cuenta pendiente con la organización Venantini.

Arthur Darnell hizo una pausa.

La aprovechó bien.

Tres sombras cruzaban velozmente la calzada.

Una de ellas cayó de bruces al disparo de Darnell.

—Barron... Sólo quedan Venantini y Jeffries... Sí, muchacho. Tengo una cuenta pendiente con ellos. Hace cinco años una joven de quince murió durante un *Paty*. Fue conducida allí con engaños. Acompañaba a otras muchachas universitarias ya pervertidas por Joseph Jeffries. Era él quien reclutaba a las jóvenes para ejercer la prostitución con altos magnates. Con tipos que soltarían miles de dólares por relaciones con muchachas vírgenes. Aquella joven de quince años quiso salir de allí. Jeffries le suministró una droga estimulante y la llevó al magnate de turno. Pronto se percató de qué estaba abrazando a un cadáver. La niña había muerto por la sobredosis de droga. Se desembarazaron del cadáver. Apareció en las alcantarillas. Su nombre era Dorothy Darnell. Mi hija. ¿Comprendes ahora, Cardiff?

—No, teniente. No lo comprendo. No puedo comprender cómo un policía...

—¡Como policía estaba condenado al fracaso! Imposible castigar a quienes sobornan la ley. Lo intenté durante estos cinco años. Con todas mis fuerzas. Fue en el Sinton Motel cuando se presentó mi gran oportunidad.

Había descubierto que Alex Whitaker llevaba allí a sus amigas. Tenía alquilada la cabaña veintidós. Siempre a su disposición. Estaba registrándola cuando llegó Whitaker acompañado de Shirley Donald. Me escondí en el cuarto de baño. Fue entonces cuando Jerry Simmons llamó telefónicamente. Sin duda para advertirle que me había visto deambulando por la zona. Whitaker, prudentemente, se largó, ofreciendo cien dólares a la chica. Había dejado sus huellas por toda la cabaña... era una magnífica ocasión para involucrarle en un asesinato... Sólo tenía que matar a aquella mujerzuela.

—Shirley no...

—Lo sé, muchacho. Ése fue mi error. La confundí con una de las prostitutas que frecuentaba Whitaker, pero tampoco hubiera dudado. Se trataba de sacar al lugarteniente de la organización Venantini. La estrangulé. De poco sirvió. Alex Whitaker iba a ser puesto en libertad condicional. De nuevo escapaba. Poco importaba la acusación de asesinato. Todos mis desvelos para retenerle resultaron inútiles. Ya decidido a todo, determiné también la muerte de Whitaker. Yo vertí la nicotina líquida en el café. Luego, ante las posibles sospechas de Jerry Simmons... ¡Cuidado, Cardiff!

El teniente se incorporó protegiendo con su cuerpo a Cardiff.

Recibió la ráfaga en el pecho.

Eddie Cardiff tendió su diestra hacia el maletín apoderándose veloz de una de las automáticas. Desde el suelo, con el brazo extendido, accionó una y otra vez el gatillo hasta vaciar el cargador.

Joseph Jeffries y Fabrizio Venantini cayeron sin vida.

La pequeña habitación quedó envuelta en un acre hedor a pólvora, sangre y muerte.

—Cardiff...

El detective se aproximó al ensangrentado Darnell.

Una línea de plomo le cruzaba el pecho.

—¿Están muertos?

—Sí, teniente.

—Bien... sólo lamento... el daño que te he... causado... lo de Shirley... era una buena muchacha... no merecía...

—Tampoco Katherine. Ni Jerry Simmons. Ni tan si quiera Whitaker. Ninguno merecía esa muerte.

—Ellos sí... Lo de Katherine... no fue premeditado... esperaba encontrar a Jeffries... Ella me sorprendió... era una víbora...

—Todos tenían derecho a ser juzgados.

—¿Por qué ley?... ¿La de ellos?... ¿La ley del asfalto? Tenían que ser castigados... Tenían que pagar... lo de mi pequeña Dorothy...

—Se ha puesto a la misma altura de los asesinos que juró combatir, teniente. ¿No lo comprende? Se ha convertido en un asesino más. Se ha comportado como un miembro más de la organización Venantini.

—No..., no digas eso, muchacho. —Darnell sufrió un estertor—. No digas eso... Yo... yo no quería... Oh, Dios... ahora... ahora comprendo... Shirley... Cardiff... perdóname... Dime que me...

Una bocanada de sangre ahogó las últimas palabras de Arthur Darnell.

Quedó inmóvil.

Con los ojos abiertos.

Eddie Cardiff le cerró los párpados.

Se incorporó con dificultad.

Darnell, Venantini, Jeffries...

Un sangriento espectáculo.

La voz de Cardiff fue un susurro:

—Dios nos perdone a todos, teniente.

EPÍLOGO

Eddie Cardiff fue dado de alta ocho días más tarde. Abandonó el hospital acompañado de Evelyn.

—Tengo el auto en el *parking*, Eddie.

Se acomodaron en el vehículo.

Un «Mustang» color rojo.

Evelyn frente al volante.

—¿Qué has decidido, Eddie?

—Aún no lo sé. ¿Dices que tienes tres semanas de vacaciones?

—Ahá.

Cardiff succionó el cigarrillo.

—Podemos dar una vuelta por Nuevo México. No conozco aquella zona.

—¡Magnífico! —sonrió la muchacha—. Hoy es un gran día, ¿verdad? Has recuperado tu licencia, el señor Mac Gowran decide darte la recompensa...

—Apuesto a que tú has influido en todo ello, Evelyn. ¡Veinticinco mil dólares!

—Ésa fue la cantidad fijada por Kirk Mac Gowran como recompensa para quien exterminara a Venantini. Mis compañeros están con la operación de limpieza. Muerto el perro... Ahora todos nos ofrecen pruebas. Ha sido un gran triunfo.

—Todo fue obra del teniente Darnell.

El rostro de Evelyn se ensombreció.

—Eddie...

—¿Sí?

—He leído tus declaraciones. Tu presencia en Paulsen Creek, la súbita aparición de Darnell... Hay muchos puntos oscuros. ¿No quieres añadir nada más?

—No, Evelyn. Ya lo he dicho todo. El teniente controlaba mi despacho. Supo de mi cita en Paulsen Creek y decidió, con grave

riesgo de su vida, acudir sólo para no espantar la caza.

—¿Qué me dices de Shirley, Simmons, Katherine...?

Cardiff se encogió de hombros.

—Puede que Whitaker fuera realmente el asesino de Shirley. Éste fue liquidado por la organización. Simmons se suicidó. Y Katherine fue víctima del clan rival dirigido por Billy Kennedy.

—Fabuloso.

—¿Tienes otra hipótesis?

—Tal vez. ¿Te habló Darnell de su hija? Dorothy. Arthur Darnell se casó en edad avanzada. Su esposa murió al nacer Dorothy. Volcó todo su amor en la pequeña. Una muchacha que tuvo un trágico final.

—No quiero oír historias tristes, Evelyn.

—¿De veras? ¿Recuerdas el envenenamiento de Whitaker? Muy complicado. En las dependencias de la Sección Especial, en los laboratorios generales, hay muestras de nicotina líquida en estado letal. ¿Quieres añadir algo ahora? Aunque sea confidencial.

Se miraron a los ojos.

—No, Evelyn.

—Sospechamos del teniente Darnell, pero sólo tú puedes confirmar nuestras sospechas.

—¿El teniente? ¿Cuánto tiempo llevaba como policía?

—Alrededor de treinta años.

—Treinta años sirviendo a la ley... Toda una vida. Ahora está muerto. El bien, el mal... ¿Quién puede juzgarlo? ¿Quién tiene capacidad para juzgar? ¡Maldita sea! ¿Quieres dejarme en paz? ¡Necesito descanso!

Evelyn sonrió.

—Sí, Eddie. ¿Nuevo México?

—¡Nuevo México!

Evelyn apretó a fondo el pedal del gas.

Rieron al unísono.

Ambos estaban deseosos de abandonar la ciudad.

La jungla de asfalto que con su despiadada ley convierte a los hombres en bestias.

BRIGITTE «BABY» MONTFORT

la mundialmente famosa agente conocida como la espía «Baby», surgida de la fecunda pluma de

LOU CARRIGAN

el afamado escritor que tantos éxitos lleva cosechados en el transcurso de su carrera literaria es presentada, ahora, por

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

a los numerosos lectores que la honran con su adhesión, a través de su colección:

ARCHIVO SECRETO

APARICION SEMANAL

Reserve su ejemplar. Precio 30 pts.

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] Miembro de la Mafia no nacido en los Estados Unidos sino en Sicilia. < <

[2] Santa Rosalía es patrona de Palermo, capital de Sicilia. < <